

SAT JAN 03 2015 01:54:39

Alberto Chimal

Los atacantes

[REC]


PÁGINAS DE ESPUMA

Alberto Chimal

Los atacantes



Alberto Chimal, *Los atacantes*
Primera edición digital: enero de 2017

ISBN: 978-84-8393-597-2

Colección Voces / Literatura 217

El autor completó este libro con apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© Alberto Chimal, 2015

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2017

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

*a Raquel,
por estar conmigo
en la sala vacía
ante tantas películas de horror*

TÚ SABES QUIÉN ERES

–Sus amigas empezaron a notar que algo pasaba en enero. O febrero, quizá. Mucho tiempo después de que yo comenzara.

»Antes de ese tiempo pudo guardarse todo. La tensión tardó mucho en ganarle. La preocupación. Lo más que Sonia dejó ver fue una serie de detalles de poca importancia, y nadie se molestó en unirlos ni en interpretarlos. Un día cerró su cuenta de Twitter. Poco después cerró la de Facebook. Usaba la segunda un poco más que la primera pero en ambos casos la gente, incluyendo sus amistades cercanas, tardó en enterarse. Luego cambió de número celular. ¿O se dice móvil? No importa. No desechó el aparato que ya tenía: simplemente dejó de usarlo, compró otro (uno más barato: de los que solo sirven para hacer llamadas y no tienen aplicaciones ni acceso a internet ni nada parecido) y pidió a esas amistades más cercanas, por teléfono y por correo electrónico, que anotaran el nuevo número.

»Y después, como algunas de esas amistades tampoco dieron señas de haberse enterado, tuvo que reabrir nuevamente sus cuentas de redes sociales, por un tiempo, para enviar más avisos de su nueva información de contacto.

»(Por cierto, cuando volvió a cerrar esas cuentas tuvo la paciencia de seguir todos los pasos necesarios para borrarlas de veras, que es algo que casi nadie intenta. Vamos, es algo que casi nadie sabe que es posible hacer. ¿Sabías que Sonia podía ser así de persistente? Seguro que sí lo sabías).

»Luego cambió su manera de vestir. A la oficina en la que trabajaba, y esto sí que lo sabes, solía ir con faldas amplias y largas, sandalias y blusas de manta, con manga corta o a veces sin mangas, de muchos colores, y de pronto empezó a llevar trajes sastre, oscuros, con zapatos negros de punta cuadrada, o bien *pants* grises e informes y zapatos tenis. Luego cambió su peinado: solía llevar el cabello suelto o en largas colas y primero lo recogió en chongos muy apretados; luego le agregó tinte, y lo hizo pasar de su castaño natural, todavía sin una cana, a un negro cenizo, a un rubio opaco, a un rojo vino... Luego se cortó el cabello: mucho. Su peinado parecía “de niño”, le dijeron varias personas, y se veía aún más inusual porque ella nunca había usado casi nada de maquillaje. Y, desde luego, porque tiene la cara redonda, la nariz un poco ancha, la piel pálida pero con un rubor perpetuo en las mejillas y los ojos grandes... Una cara de muñeca, le decían en ocasiones

parientes, amigos, algún amante. Personas maliciosas de la oficina sugirieron que se había vuelto lesbiana, o bien que siempre lo había sido y por fin dejaba de fingir.

»Nadie, pues, tenía idea. Todavía no.

»Tú, Lina, que eras realmente su mejor amiga, fuiste de las muy pocas en enterarse de que, poco después del corte de cabello, hubo otros cambios más secretos: dejó de ir de casa al trabajo, y de vuelta, por su ruta habitual, que se dividía en un trayecto de autobús y varias calles a pie, y comenzó a optar aleatoriamente por una de entre cinco rutas distintas, todas más largas y costosas; cambió las cerraduras de su departamento; contrató también una segunda línea telefónica, privada, que solo compartió a dos o tres personas incluyéndote a ti.

»Pobre Lina: sí eres un poco tonta. Solo te inquietaste un viernes, mucho después de enero y de febrero (de hecho fue casi en abril), al darte cuenta de esto: encima de todo lo demás, Sonia había comenzado a morderse las uñas.

»Esto era de lo más extraño, le dijiste, en cuanto pudiste hablar con ella a solas. Pusiste tu cara de franqueza y de sinceridad. Ella, Sonia, que siempre había sido tan serena y tan dueña de toda situación, que siempre lograba salir de cualquier dificultad y realizar cualquier tarea imprevista sin que se le notara esfuerzo alguno..., ahora estaba así.

»¿Qué le estaba pasando?, preguntaste. ¿Le estaba pasando algo? ¿Había relación entre esto y sus cambios de costumbres..., de aspecto...?

»Estaban en el pequeño comedor de la oficina, que en realidad es poco más que un armario: un cuartito con una mesa para dos, una cafetera, una caja de galletas y un pequeño refrigerador. Una burla.

»Por cierto, ¿no te parece deprimente? ¿No es espantosa la vida de las oficinas? La luz venía, viene siempre, de aquel par de tubos largos en el techo: una luz blanca y verdosa a la vez, que apenas deja espacio a ninguna sombra...

»Sonia parpadeó al escuchar tus preguntas. Luego se sentó en una de las dos sillas disponibles y comenzó a llorar a gritos. Bueno, casi a gritos. En cualquier caso te costó mucho calmarla. Nadie le había preguntado nada, explicó. Nadie le había dicho una sola palabra, antes que tú, respecto de lo que le estaba sucediendo. En realidad estaba llorando de alivio, te dijo. En realidad todo aquello era en parte un pedido de auxilio.

»¿Todo aquello?

»Todo esto, te dijo. Había cambiado de aspecto, de costumbres, de datos de contacto y más, para que se notara. Y también, desde luego, para protegerse.

»¿De qué?, le preguntaste.

»Y entonces, Lina, hasta entonces, Sonia te contó. No fue muy coherente. Empezó por la mitad y luego retrocedió, volvió a avanzar y retrocedió de nuevo. Yo puedo contarle mejor. El comienzo es simple: supe de Sonia, me enteré de su existencia y empecé a acercarme a ella. Eso fue hace unos quince meses. Más de un año de esfuerzos, pero también de felicidad. Y Sonia lo mantuvo oculto de manera admirable casi hasta el final.

»Primero le envié mensajes en internet. Usaba cuentas que había creado expresamente para hacer contacto. Sonia era de esas personas que aceptan conectarse, “amigarse” sin mucha dificultad y casi con cualquiera. Me confundió con alguien más, o no se fijó demasiado en lo que hacía, y listo.

»Mis mensajes eran así: le decía algo sobre ella misma, de preferencia algo llamativo e importante, y remataba con la misma frase: “Tú sabes quién eres”. Esto te parecerá raro, dado que sabes cómo se manejan las redes sociales en estos tiempos...

»Sí es así, ¿no? Tú eres de las que mandan con frecuencia chistes e imágenes cursis. Usas las redes como cualquiera.

»No importa. Te explico. Decir eso: “Tú sabes quién eres”, se acostumbra en mensajes que no van dirigidos a nadie en particular, con la idea de que la persona que debe leerlos lo hará de todos modos y se reconocerá. También se ha convertido en un cliché, como otras frases o “memes” –algo gracioso y sin sentido–, pero esa que te digo es la intención original.

»Le decía a Sonia, pues, cosas como “Te estoy observando. Tú sabes quién eres”, o bien “Me encantan tus blusas de colores. Tú sabes quién eres”. Al mencionarla a ella directamente, lo que se hace de maneras distintas según la red social que se utilice..., esto seguro que sí lo sabes..., me aseguraba de que ella viera todo lo que quería decirle.

»La intención de ese primer momento de mi aproximación no era que se acostumbrara a mí ni nada parecido: no funciona de ese modo.

»Lo que suele pasar en estos casos pasó aquí: Sonia me bloqueó de sus redes sociales. Hay varias formas distintas de hacerlo, como sabes también.

»Entonces empecé a mandarle mensajes por otros medios. Primero, por correo electrónico. Ese es un canal obvio. Sonia comenzó a recibir mensajes de varias cuentas mías, porque usé varias, similares a los anteriores.

»“Tienes el pelo castaño. Tú sabes quién eres”.

»“Tienes el pelo castaño y, pese a que tu trabajo es agobiante y ya tienes treinta y cuatro años, sin una sola cana. Tú sabes quién eres”.

»“Desde hace algunos días intentas esconder tu cuerpo con ropa que lo oculta. Feos zapatos. Tú sabes quién eres”.

»“Estás asustada desde hace días y estos mensajes no te tranquilizan. Tú sabes quién eres”.

»Acepto, Lina, que todo eso que le escribía a Sonia era más bien mediocre. Ni siquiera realmente malo, estéticamente ofensivo, sino rutinario: lo que la gente aprende a esperar de quienes se dedican a acosar a alguien. A *stalkear* a alguien. Así se dice ahora. No me digas que no lo sabías.

»Ya decía yo que tenías que saberlo. ¿Tú qué palabra conociste primero? ¿*Acosar*? ¿O *stalkear*?

»No contestes. No importa.

»Acepto, digo, que lo que le escribía era mediocre, y también fue mediocre lo que llegué a decirle cuando la llamé por teléfono. Pero parte del efecto deseado dependía de esa mediocridad: los villanos en la vida real deben parecerse a los del cine o la tele. ¿Cómo va a saber la gente que debe tener miedo si los monstruos no son como los que ya conoce?

»Por cierto, claro que la llamé por teléfono. A ti te costó creerlo cuando ella te lo dijo, pero yo siempre era capaz de encontrarla. Por supuesto. Era mucho más fácil que mandarle correos electrónicos. Aquí, otra parte del efecto se logra no dejando jamás un mensaje grabado en una máquina contestadora o un buzón de voz. En el fondo, hacerlo es poco elegante: algunos piensan que es suficiente imaginarse a la otra persona cuando escucha las palabras que se le han dejado, pero no.

»Es agradable, sí, es muy agradable, pero nunca es suficiente.

»Y Sonia no tenía buzón de voz ni mucho menos contestadora, que es un artefacto arcaico. Por supuesto.

»Todo esto te lo contó Sonia, con menos orden, aquella vez, en el cuartito miserable de la oficina. Ella, te dijo, llevaba mucho tiempo sintiendo miedo de mí. Miedo constante. Y por eso había hecho todos aquellos cambios. Tampoco es tan inusitado. Muchas personas que intentan librarse de

un acosador se comportan de la misma manera. Creen que es posible simplemente cortar el contacto, hacer perder la pista a quien las busca. De hecho, a veces sí es posible.

»Pero en este caso, como ella te dijo, nada funcionó. Ni los cambios de ruta, ni los cambios de vestuario, ni los cambios de cerradura, ni los de teléfono y correo. Yo siempre me abría paso. Yo siempre lograba encontrarla, observar algún detalle de su vida diaria y hacérselo saber. Cada día. A veces, más de una vez al día.

»Y ahora, te dijo, ella no sabía qué hacer, y nada de lo que había intentado funcionaba, y no sabía si tendría que acabar cambiándose de casa, o de trabajo, o de ciudad, y tenía muchísimo miedo porque estaba sola, totalmente sola.

»Te asombraste cuando te dijo eso, ¿verdad, Lina? Tú debes haberla considerado invulnerable, como casi todos: tan fuerte que nada podía alterarla. Como los demás, tú tampoco viste que su apariencia de fuerza era solo eso: una máscara, una coraza con la que intentaba protegerse del mundo.

»Yo, en cambio, que la he mirado tanto, la he mirado de otra forma: incluso desde lejos, incluso cuando no estaba haciendo nada, cuando estaba de pie en la parada del autobús, o ensimismada leyendo algo en su teléfono, o revisando algún papel en la oficina, yo era capaz de entrever lo que estaba pensando: de adivinar lo que sucedía en su interior. Esto no es normal: esto fue el primer signo de que lo nuestro era algo distinto. Especial. ¿No te has preguntado por qué, si en realidad era tan fuerte como parecía, no intentó defenderse sino cambiando lo que tenía más a su alcance, su apariencia física, sus movimientos, sus contactos personales? Realmente podría haberlo dejado todo atrás: haber tomado un autobús o un avión, cualquier día, sin avisar, a una ciudad en la que no conociera a nadie. Podría haber abandonado todo para intentar comenzar de cero. No le hubiera servido de nada, pero nunca lo hizo. Nunca lo pensó siquiera.

»Cuando estuvo contigo en la oficina, mientras te contaba todo lo que llegó a contarte, no te dijo que tenía tanto miedo de la incertidumbre como de mí: que le aterraba la idea de perder sus rutinas, sus asideros de cada día, su ingreso fijo, y que cada concesión y cada cambio le habían costado sangre. ¿Recuerdas que usaba esa frase? “Me costó sangre”, decía, y hablaba de arreglar un estado de resultados o mandar unos memorandos. Pero muy en el fondo, muy en lo profundo de ella, cada esfuerzo era una batalla terrible. No

era una persona realmente capaz de valerse por sí misma, de enfrentar la vida adulta. ¿Sabes que el exmarido del que nunca decía el nombre —y que, por cierto, se llamaba León— no la dejó en realidad? ¿Que no fue siquiera su marido? Ella canceló la boda, la miserable bodita civil que ambos habían preparado juntos, una semana antes de la fecha prevista. Porque le había dado miedo. Porque no se sentía preparada para cambiar así su vida. El pobre idiota quedó destrozado. Y ella también. Poco después encontró trabajo en la oficina, poco después entraste tú...

»Sus arranques eran todos privados, de puertas adentro, más tremendos mientras menos probabilidad hubiera de que alguien se enterara. Por rabia o por miedo, o por ambas cosas a la vez, en un momento dado, por ejemplo, Sonia borró todos los mensajes que yo le había mandado hasta entonces. Todos. Era un modo de “negar” que estuviesen allí, por supuesto, que hubiesen existido. Y no se detuvo ahí. También destruyó su teléfono de antes, en el que había recibido mis primeros mensajes. ¡Literalmente lo hizo pedazos con un martillo!

»Otro modo pueril de engañarse, y uno que tuvo consecuencias perjudiciales para ella, porque la única vez que intentó pedir ayuda de la policía..., y no sabes cuánta “sangre” le costó, incluso, abrir el sitio web de la procuraduría, ver los requisitos, encontrar la oficina a la que debía ir..., esa única vez, te digo, no pudo presentar ninguna prueba de ser víctima de un acoso. El oficial que la atendió, y que no tenía el menor interés en su caso, ni siquiera levantó la vista cuando le dijo que le faltaban documentos probatorios. Ni siquiera hizo la pregunta que solía hacer: “¿Y usted no lo habrá provocado de alguna manera?”. Ni a esa humillación consiguió llegar la pobre Sonia.

»Poco tiempo después le mandé los mensajes de lo que ahora llamaría la recta final. Alguno fue por correo electrónico, otro por teléfono, y así sucesivamente. El último de todos fue una novedad. La primera de las notas que le pasé por debajo de su puerta, escritas con mi vieja máquina de escribir.

»Ella solo te habló de una nota, pero en realidad fueron siete. Todas las rompió y las tiró a la basura, pero yo recuerdo lo que decían. Escucha.

»Uno: “En general me gusta meterle miedo a la gente. Tú sabes quién eres”.

»Dos: “En general me gusta meterle miedo a la gente, pero contigo es distinto. Tú sabes quién eres”.

»Tres: “Estoy descubriendo que no quiero solo una noche de locura contigo. Tú sabes quién eres”.

»Cuatro: “Me estoy sintiendo más y más atraído por ti. Tú sabes quién eres”.

»Cinco: “Creo que voy a quedarme contigo para siempre. Voy a entrar y no voy a salir. Tú sabes quién eres”.

»Seis: “¿Tú sabes quién eres? ¿Lo sabes de veras, Sonia, mi amor? Tú *sabes* quién eres. ¡Tú sabes quién eres! ¿Tú sabes quién *eres*? Tú sabes quién eres”.

»Ese mensaje, Lina, por cierto, me parece un mensaje más complejo, más difícil que los anteriores. ¿Notas la entonación distinta que lleva cada repetición de la frase? ¿El *sentido* distinto? ¿Lo *ves*? Es algo sutil.

»Yo me sentía forzado, compelido, a repetirle esa frase una y otra vez, porque de hecho no estaba seguro de que ella supiera.

»¿Tú piensas que Sonia sabía quién era ella misma? Yo creo que no. Casi nadie lo sabe. Tú no lo sabes, Lina. Sin duda que no. Y probablemente nunca te lo has preguntado. Sonia sí. Llegó a preguntárselo, tal vez dos o tres veces en toda su vida, en momentos de crisis, de los que asustan a tantas personas porque obligan a pensar más profundamente, a quedar a solas con la propia conciencia. Sonia llegó a tener esos momentos. Nada salió de ellos pero eso no importa. El que hayan ocurrido fue otro signo: otra señal de que esto no era otra relación fugaz, otra persecución que acabaría solamente en un rato de placer y de juegos y nada más.

»Y luego, por fin, la última nota. De esa sí que te habló Sonia. Y te dijo lo que yo le dije: que estaba decidido, que iría por ella, que la iba a penetrar durísimo. Esa palabra usé yo: *durísimo*, y ella la repitió. Yo se lo prometí. Voy a cumplir, le dije, le escribí, y ella arrugó la hoja, que había recogido de su piso, y la rompió, y recogió los pedazos y los quemó, y por un momento pensó en quemar su departamento, o quemarse ella, rociarse de aceite y prenderse fuego, pero al final se sintió ridícula con el encendedor en una mano y la botella de aceite de oliva en la otra, sola en su cocinita, y tiró los objetos al suelo y los pateó y lloró, sola, porque estaba aterrada.

»Le dije también lo otro que te contó. Que iría el sábado. Ese sábado, le dije. El sábado yo iba a ir por ella. Y no había manera de evitarlo.

»Eso te dijo. ¿Recuerdas?

»Y entonces tú le dijiste, qué generosa eres, Lina, le dijiste que por qué

no se iba contigo a tu casa. Esa noche. La del viernes al sábado. Y también la del sábado al domingo, por qué no. Tuviste la idea de que actuando así, de improviso, sin plan previo, sería más difícil que alguien supiera dónde estaban. A Sonia le pareció algo increíble. Que tú fueras tan generosa con ella. Y ahora que te veo me parece que tú lo pensaste también: que te arrepentiste de inmediato y que no supiste cómo zafarte de tu propia oferta, pero lo hubieras hecho de haber podido. Debes haber pensado, como piensa tanta gente ahora, que la bondad es lo mismo que la estupidez.

»¿No?

»Y allí se fueron. Al salir del trabajo. La llevaste al autobús que tú tomas, y del cual bajas hasta el final del recorrido para tomar un segundo autobús. Y luego, en vez de caminar las cinco cuadras que sueles caminar desde el paradero en el que dejas ese autobús, tomaron un taxi. Le dieron indicaciones equivocadas dos veces, para que el conductor diera vueltas de más. Eran más de las once cuando bajaron del coche. No había nadie en el callejón al lado de tu calle, donde las parejas suelen meterse a cachondear y a veces hasta a tener sexo si están borrachas o drogadas o solo se sienten atrevidas. Había gente a lo lejos, comiendo tacos en el puesto callejero de dos calles más al sur, y la luz del puesto era casi la única en toda la calle.

»Y entonces llegaron aquí, a tu casa, que es en realidad un departamento pequeño, ¿eh? Peor que el de Sonia. Si me permites que te lo diga, ¿cómo puede nadie decirle casa a estas viviendas de porquería de ustedes? Una persona apenas más alta que tú tendría que agacharse para entrar. Qué miseria de vida. Entiendo que tu tía te cobre una renta reducida, que casi te esté dejando estar aquí por caridad, pero qué mierda de lugar. Y qué mierda de sillón tienes para las visitas. Sonia se sentó en él y no sabía cómo acomodarse. Los resortes le picoteaban los muslos. Claro, no dijo nada. Intentaba convencerse de que aquí podría estar a salvo. Se estaba abandonando un poco desde entonces: a la suerte, al azar, a tus decisiones. ¿Recuerdas cómo te aceptó sin chistar la taza de té que le diste? No le gusta la manzanilla. Tampoco se sentía cómoda con el camisón que le prestaste, y que le quedaba grande. Y brevemente, cuando la tomaste de los hombros y luego la abrazaste, se preguntó si tú serías lesbiana: si querías algo con ella. Luego entendió que no, claro. Y luego tú te fuiste a tu cuarto, y cerraste tu puerta, y ¿cerraste con doble vuelta la cerradura como una precaución inusitada? ¿O es tu costumbre?

»No me respondas. No hace falta. Si vieras la expresión de tu cara te darías cuenta de que eres transparente. Hubieras sido capaz de quedarte encerrada y no salir jamás de haber pensado que había peligro.

»Pero, claro, no te diste cuenta de nada. Te dormiste. Sonia se durmió también. Y yo –pese a todo: pese a todos sus esfuerzos, pese a todo lo que ambas habían deseado y esperado– vine. Llegué a la medianoche. Justo cuando comenzaba el sábado. Encontré el sitio sin problemas. Pude pasar sin que nadie me viera. No hay puerta ni cerradura que me detenga. Entré aquí, a esta sala. Llegué hasta este sillón, en el que Sonia dormía, y la miré un momento. Indefensa. Totalmente indefensa. Inconsciente. Dormida, olvidada de sí. Ya perdida como se pierden todos, tarde o temprano.

»La miré, y luego, sin que ella pudiera hacer nada, la penetré.

»La penetré durísimo. ¡*Durísimo!*

»Ah, cómo la penetré. Derribé todo. Rompí todo. Llegué hasta el fondo. Y en el momento culminante supe que lo nuestro era especial: que era para siempre. Me había pasado mucho tiempo buscando a alguien como ella, sin saberlo, y la había encontrado por fin. No me iría jamás. ¡No me iré jamás!

»¡Jamás!

»Y entonces fui y te desperté. Y primero no entendías qué pasaba, y después no quisiste salir, y luego te convencí, y apenas ahora empiezas a entender.

»No tienes de qué preocuparte, claro. Ya está todo hecho y no hay forma de volver atrás.

»Lo único que no sé es si Sonia, como yo le insistía y le insistía, supo en aquel momento..., en el instante en que encontró su propio destino, podríamos decir..., quién era ella realmente. No sé si esa respuesta llegó a aparecer en su conciencia: si tuvo esa claridad al final, esa respuesta a todas las preguntas de su indecisión y su miedo y sus rutinas patéticas, sus pasos tan pequeños y leves por el mundo.

»Ya no importa, claro. Y, por otra parte, estoy seguro de esto: que al menos por un instante ella sí supo, para siempre, quién soy yo. ¿Te gustaría saber a ti también? –concluye Sonia.

(Su voz se oye como siempre: no es más gruesa, no suena distorsionada de ninguna manera).

LOS SALVAJES

A veces, los hijos y nietos de los capos del narcotráfico mexicano eligen ocupaciones distintas de las de sus mayores. Optan por la administración de empresas, la ingeniería, las ciencias políticas y otras carreras de provecho en las que su posición social les permite grandes progresos. Esto puede ser motivo de orgullo: no lo fue en el caso del nieto menor de los catorce que tuvo Carlos Requena «La Piraña», legendario jefe del Cártel de Tejupilco, quien eligió dedicar su vida a la literatura.

Se llamaba Juan Luis Carlosrequena Mejía (usar como apellido el nombre del patriarca era costumbre nueva, pero servía para indicar el abolengo que ya tenía la familia) y le decían «La Pirañitita» o, más brevemente, «La Pipi».

—Pero desde hoy —amenazó al mundo, una noche, en una cantina de mala muerte en el barrio de Interlomas, en la ciudad de México— me van a decir *El detective salvaje*. —Y sus guardaespaldas asintieron, como asentían a todo.

Por lo demás estaban cansados. Después de robar todo el uranio enriquecido del Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares; de lograr que el Cártel les prestara un avión para llevar el uranio al laboratorio clandestino en Barbados; de pagar el proceso de síntesis, carísimo y además condenado por el Papa, la ONU, la UE, los EU, los EAU, Corea del Norte (que lo había inventado) y hasta Kim Kardashian; de llevar a España el extracto vitalizante por submarino e ir hasta la tumba precisa a hacer lo que había que hacer, después de todo eso, digo, ¿qué les iba a importar lo que dijera el chavito baboso por el que tenían que dar la vida?

Más aún, el resto de su viaje había sido mucho peor. Ya con la Celebridad (así lo llamaban) en su poder, fueron perseguidos por la policía española: los oficiales estaban convencidos de que un grupo de sicarios mexicanos no podían haber ido tan lejos para algo más que vender drogas, y estos no pudieron regresar al submarino, tuvieron que desviarse a Madrid y apenas lograron comprar toda la sección de primera clase de un vuelo transcontinental de regreso a México. Y, claro, una vez en el aire, gran crisis sobre el Atlántico: la Celebridad salió de su caja, guardada en la bodega de carga, y atacó; varios pasajeros y un piloto murieron muertes horribles, el

casco del avión fue perforado por dos escopetazos y una ráfaga de ametralladora... Al fin el piloto superviviente consiguió aterrizar, aunque a duras penas y para terminar chocando contra la Terminal 1 del Aeropuerto Benito Juárez. La nariz del avión perforó una sala de espera repleta de personas. Los guardaespaldas de «La Pipi», que pese a todo escoltaban a la Celebridad, y que habían impedido casi de milagro que alguien lo asesinara durante las catorce horas anteriores, tuvieron que abrirse paso a balazos y pisando trozos de cadáveres hasta llegar a la calle, pues a los pasajeros supervivientes, y deseosos de venganza, se sumaron los ataques del personal de seguridad del aeropuerto. Todos habían visto las películas, todos sabían lo que podía suceder, y todos hicieron su mejor esfuerzo. Todos, por otra parte, fueron vencidos por los hombres de «La Pipi», que por fin subieron a la Celebridad a una Hummer blindada y se lanzaron, rodeados por sus Hummers escoltas, hacia Interlomas.

Y ahora, aquí, en este bar —que remedaba los antros más infectos de Ciudad Juárez o Tijuana, solo que con mucho presupuesto y para clientes de otra clase social—, «La Pipi» daba la impresión de estar un poco ebrio.

—Y la impresión era falsa porque en realidad estaba *mu*y ebrio —reconocería él mismo, años después, en entrevista con los primeros historiadores encargados de sondear la tragedia—. Era lo habitual, claro. Leyendo a Bolaño y a Bukowski me convencí de que lo esencial para escribir es vivir intensamente, y como ya vivía intensamente pensé que me bastaba con seguir así. Y así seguí. De hecho la razón por la que ordené todo aquello del uranio y el extracto y el viaje en submarino a España no fue la que le di a mi abuelo. A él, que como ustedes saben era un cabrón y el hombre más poderoso de México, le dije que era únicamente para mi tesis: se iba a llamar *El secreto del texto: 2666 desde el punto de vista del autor*, y desde luego iba a ser un madrazo porque nadie más iba a tener los testimonios póstumos que yo iba a sacar. Por lo menos iba a tener mención de honor y una medalla. Luego yo iba a hacer el doctorado en alguna universidad importante del extranjero y me iba a graduar con honores con la segunda parte de la tesis: nuevas revelaciones directamente de la fuente. Luego iba a tener una gran carrera como académico en Estados Unidos y Europa o iba a volver a México para ser, como mínimo, Secretario de Educación. Todo eso le dije a mi abuelo. Ni siquiera iba a hacer tanta falta que él moviera sus influencias. Iba a ser alguien aunque fuera en la cosa inútil —él decía “la pendejada”— que me

había dado la gana estudiar. Creo que es muy irónico que mientras el país entero quería ser como él y tener mucho dinero sin haber ido jamás a la escuela, él deseaba que sus nietos se educaran...

–Disculpe –dirán los investigadores–, ¿podría centrarse en lo que pasó aquella noche?

–Claro, no le gustaba que no hubiese escogido algo como administración o ciencias políticas para trabajar en las empresas familiares, pero si le daba todo eso además del título iba a estar tranquilo. Como fui su último nieto tenía a todos los demás para usarlos primero que a mí. Creo que lo único que no me hubiera podido perdonar habría sido que estudiara danza. O ciencias. Era un señor muy religioso y siempre decía que la ciencia y los condones eran cosa del diablo...

–Disculpe, ¿podemos volver a la cuestión de por qué hizo usted todo aquello?

Entonces «La Pipi», ya sobrio, consciente de su papel en la Historia y de todo lo demás (¡las pilas de cadáveres, las ciudades en llamas, el sufrimiento inmensurable!), suspiraría profundamente. Y diría:

–La verdad es que todo lo que quería era emborracharme con él. O sea, no con mi abuelo. Con mi ídolo. Quería ser su mejor amigo. Quería que volviera a fundar su movimiento subterráneo para hacer poesía y fastidiar a los autorcetes solemnes y reventar las presentaciones de los poetas. Quería vivir la vida como la vivió él. No nada más dinero, alcohol, mujeres y drogas sino también intensidad. Poesía. De hecho hubiera preferido más vivir la vida como la vivió Bukowski (como seguro la debe haber vivido), pero según me dijeron los expertos que me mandó el abuelo, y que luego le regresé para que los ejecutaran y el secreto no se extendiera, según me dijeron ellos el extracto ya no iba a funcionar con un cadáver tan viejo como el de Bukowski.

Así diría, mucho tiempo después, «La Pipi».

Ahora, sin embargo, en el bar; flanqueado por sus dos guardaespaldas en jefe, el joven heredero de “La Piraña” estaba ebrio, sí, pero también transfigurado. La Celebridad estaba ante él. Amarrado a un carrito de los que usaban los maleteros del aeropuerto, no parecía muy distinto de los zombis de los videojuegos o de la televisión: aunque el extracto realmente hacía maravillas, le faltaba un ojo, por ejemplo, y la cuarta parte del cráneo, y varios trozos del torso, por los que se entreveían el corazón, el bazo y el páncreas, todos de un verde casi negro. Vestía un pantalón de pana,

desgarrado y sucio, y nada más.

Pero era él.

–Es él. Es él. ¡Es él! –dijo, cada vez con más fuerza, como villano de película del siglo veinte–. Bueno, ¿qué esperan? Desátenlo.

Nadie obedeció de inmediato.

–Oiga, señor Juan Luis, realmente estuvo cabrón el vuelo –dijo un guardaespaldas.

–Sí es muy salvaje el güey este –dijo otro.

–Yo de niño pensaba «Chespirito ha de ser el hombre más bueno del mundo», ¡pero no! –dijo un tercero.

Y «La Pipi» se puso furioso.

–Chespirito –dijo, levantándose de su sillón– se llama Roberto Gómez Bolaños. Chespirito es un cómico de la televisión. ¡Yo lo conozco desde que tengo tres años! ¡Y ese que tienen ahí se llama de otro modo! ¿Por qué toda la gente ignorante confunde a Roberto Bolaño con Gómez Bolaños?

Ya para entonces algunas personas muertas por la Celebridad se habían levantado de nuevo, contagiadas por el extracto vitalizante en su saliva, y avanzaban por la Ciudad de México en el comienzo de la epidemia prometida por tantas franquicias del entretenimiento, y que en la realidad sería mucho peor (¡la caída de las naciones, la humanidad reducida al estado animal antes de su extinción, el horror!) y no tendría fin.

–Y yo les dije que qué salvaje iba a ser –diría «La Pipi», muchos años después–, que era un escritor, un intelectual y además un tipo a toda madre, y que seguro ellos tenían la culpa de su comportamiento errático por haberlo maltratado. Y yo mismo fui y lo desaté.

Eso diría, muchos años después.

Eso diría, pensó «La Pipi», mientras el zombi (que se había arrojado sobre él en cuanto estuvo desatado) le abría el vientre a dentelladas y empezaba a sacarle los intestinos.

(Un momento después, justo antes de morir, y mientras las primeras hordas arrasaban los andenes del metro, arrancaban a los conductores de sus autos en la Calzada de Tlalpan, se comían absolutamente todo y a todos en la Central de Abastos, dejaban atrás incendios y devastación y cuerpos mutilados que poco después se levantaban y echaban a andar, un momento después, digo, «La Pipi» alcanzó también a pensar esto: que en cuanto escapara de allí empezaría a vivir, mejor, su propia vida: una vida literaria, sí,

una vida de locura y excesos, pero una vida libre: más allá de modelos, más allá de la angustia de las influencias).

CONNIE MULLIGAN

MI ANTECESORA EN LA JEFATURA de Ediciones de la Universidad Ferlosiana renunció por estrés: lo hizo luego de que, por dos meses enteros, un tipo se presentara en su oficina, todos los días a la misma hora, para intentar convencerla de que leyera en voz alta sus poemas eróticos. Los de él. De preferencia, decía, no allí, sino en su casa. La de él. Y ella vestida con un *baby doll*.

Ella (Teresa, se llama: le decíamos Teresita, y algunos, con muy mala leche, «Tersita») siempre se negó a todo lo que él pedía, hasta el final, pero el doctor Gala, su jefe (ahora *mi jefe*), le ordenó que nunca se negara a recibirlo: que lo atendiera con cortesía y durante todo el tiempo que fuera necesario. No dejó que sacaran al tipo ni cuando comenzó a ponerse, me dicen, más loco y más impertinente. Y tampoco permitió que ella pusiera una denuncia o llamara a la policía: el hombre podía ser un patán, o un macho horrendo, o más probablemente un enfermo mental, pero era amigo del Gobernador del Estado: así decía la carta de recomendación, auténtica, que el tipo llevaba consigo en cada visita.

Yo no puedo hacer reparos al poder de la amistad, porque pasé de ser asistente de Comunicación Social a ser jefe de Ediciones del mismo modo en que siempre he ascendido en el mundo laboral, es decir, gracias a la recomendación del licenciado Zebadúa, que me quiere bien en recuerdo de lo muy amigo que fue de mi madre. Y como mi antecesora me caía mal (en la oficina siempre sospechamos que ella es lesbiana, y que por *eso* rechazaba los avances o fantasías del poeta erótico, más que por dignidad o por respeto), me divertí mucho ver el estado en el que estaba cuando por fin me dejó su oficina. Qué ojeras tenía; cómo se le había ido la arrogancia de la cara...

En mis primeros meses en mi nueva oficina, mientras me ajustaba al puesto y descubría a cuáles de los empleados podía cargar la mano para compensar la ausencia de Teresita (nunca pude decirle «Tersita»: en realidad no lo fue nunca), la anécdota de su fin dio para que nos riéramos mucho. Cuando íbamos a comer a la cantina, el doctor Gala la contaba imitando la voz de ella y haciendo todo el diálogo:

—Y ella: «¡Ya no puedo, doctor!». Y yo: «¿No es usted la jefa de Ediciones? ¿Qué tal que son grandes poemas? ¡No lo deje pasar, podría ser el

nuevo Octavio Paz...!».

Fueron buenos tiempos. Nos reíamos hasta atragantarnos con nuestras cervezas o con la botana de salchichas. Parecía que el poeta erótico había caído del cielo: qué gran grupo éramos, y qué cordial, qué bien avenido. Desde el doctor Gala hasta el contador más tarugo, todos parecíamos los mejores amigos. Salíamos de la oficina a las dos y, cerca de las seis, cuando regresábamos de la cantina a recoger nuestras cosas y volver a nuestras casas, Lorena (la secretaria del doctor Gala) nos miraba a mí, al doctor y a los empleados de menor nivel que completaban la tropa de favoritos, y meneaba la cabeza. Y sonreía.

—Ay, los hombres —decía, y reanudaba el trabajo que estuviera haciendo. Se veía muy bien, heroica, diría, sola ante su escritorio repleto y rodeada por las fotos del doctor, sus diplomas, sus cuadros de famosos pintores nacionales y extranjeros.

Este fue el tiempo en el que el Departamento Editorial tuvo (pienso ahora) una pequeña época de oro. Hicimos varias ediciones carísimas de profesores eméritos, de esas que se ven muy bien en paquetes de regalo y mesas bajas. Apoyamos no menos de dos campañas importantes, una dentro y otra fuera de la Universidad, con la mayor de las discreciones y perfectos asientos contables. Publicamos tres libros nuevos del doctor Gala (¡cómo escribe ese hombre!, pensaba yo) y otras tantas reediciones. Estaba a punto de sugerirle una nueva colección: Biblioteca Gala, que podía tener como logotipo su perfil superpuesto a la imagen estilizada del águila y la montaña que son el emblema de la Ferlosiana, y que contendría toda su obra incluyendo su tesis doctoral, la de la maestría, la de su ya no tan cercana licenciatura..., cuando llegó el primer mensaje de Connie Mulligan.

Apareció en mi correo electrónico. Venía de un servidor gratuito cualquiera, como los que usan tantas personas que escriben cotidianamente a las oficinas editoriales y de cultura de las universidades, impulsadas por los deseos más insensatos. Decía:

DE: Connie Mulligan (Connie.Mulligan.La.Autentica@hotmail.com)

PARA: Miguel Ángel Florencia (jefaturaed@ferlosiana.edu)

CC: cucurucu19701@hotmail.com

Apreciable Lic. Florencia,

Esta es la cuenta de correo electrónico e-mail de la auténtica Connie Mulligan, niña genio de la ciudad de Chetumal, Quintana Roo, México, famosa por la publicación de nada menos que

tres obras eruditas sobre astronomía en la antigua cultura maya y un resumen de los documentos quemados por el misionero franciscano Diego de Landa en el siglo xvi, pérdida enorme como sabe usted para la cultura y la decencia mundiales.

También ha preparado (yo le escribo desde la cuenta de mi hija, Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado, pero soy su madre: Connie Contreras Alavez-Torrado de Mulligan, conocida también como Connie Grande) un estudio sobre los hábitos reproductivos de las ballenas de Puerto Ferlosio, ciudad en la que como sabe usted se asienta la Universidad Ferlosiana. Por lo tanto está interesada (mi hija) en publicar en su distinguida casa editorial su estudio, para mayor conocimiento del tema y prestigio de la Universidad Ferlosiana que tan atinadamente dirige usted aunque acotado a las labores, naturalmente, de cuestión editorial.

Adjunto el archivo de la obra para que se sirva comenzar su producción editorial y procedamos a las regalías correspondientes.

Sinceramente

Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado

c/o Connie Contreras Alavez-Torrado de Mulligan

El mensaje me pareció tan absurdo que, desde luego, no abrí siquiera el archivo adjunto y contesté de inmediato y sin pensar demasiado:

DE: Miguel Ángel Florencia (jefaturaed@ferlosiana.edu)

PARA: Connie Mulligan (Connie.Mulligan.La.Autentica@hotmail.com)

CC: Lorena (secdircult@ferlosiana.edu)

Estimada Sra. Contreras Alavez-Torrado de Mulligan:

Agradezco que se haya tomado la molestia de escribirnos. Lamentablemente, de momento no estamos aceptando manuscritos no solicitados dentro de nuestro programa editorial.

Atentamente

M. en C. Miguel Ángel Florencia

Jefatura Editorial

(Mensajes así, como se sabe, suelen ser suficientes para desanimar a la mayoría, y en realidad no comprometen de ningún modo a nadie).

En este caso, sin embargo, hubo respuesta al día siguiente:

DE: Connie Mulligan (Connie.Mulligan.La.Autentica@hotmail.com)

PARA: Miguel Ángel Florencia (jefaturaed@ferlosiana.edu)

CC: cucurucu19701@hotmail.com

Apreciable Lic. Florencia,

Le agradezco su amable respuesta a mi mensaje reciente. También le quiero avisar que el libro de mi hija Connie Mulligan, que es la auténtica y única, no es un manuscrito porque no está a mano sino en computadora.

Adjunto también aquí el archivo de la obra por si no lo conservó la vez anterior, a fin de que se sirva comenzar su producción editorial y procedamos a las regalías correspondientes, y también le aviso que estamos muy interesadas en que haya presentaciones del estudio de mi hija Connie tanto en Ferlosio como en Chetumal, y de ser posible en otras ciudades y capitales (París,

México DF, Buenos Aires, Venecia, Madrid, Beijing, etcétera).

Sinceramente

Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado

c/o Connie Contreras Alavez-Torrado de Mulligan

Me reí. ¡Qué persona tan idiota! Eso sí, era mucho más divertido leer a Connie Contreras Loquefuese Mulligan que a los escritores que no se cansan de mandar mensajes a mi cuenta para mendigar una publicación a la Jefatura, como si fuera obligación nuestra publicarlos (y cuando los publicamos, distribuir y promover nuestras ediciones). Reenvié los mensajes a la cuenta del doctor Gala con el comentario de que la cantidad de mujeres locas en el mundo sin duda estaba aumentando y la sugerencia de que Teresita y ella hubieran podido ser grandes amigas («Best Friends Forever», escribí; es una estupidez que suelen decir las adolescentes de hoy, o al menos eso vi en una película).

A los pocos minutos me llamó Lorena para decirme que el doctor quería verme en su oficina. Fui, pensando que querría comentar alguna cuestión de trabajo (ya casi era hora de salir a comer a la cantina y había que dejarle alguna tarea a la gente que no iba a ir con nosotros). Entré y me dio la impresión de que estaba pálido (aunque desde luego él es muy blanco).

—¿Cuándo recibiste esos mensajes? —me preguntó. Me extrañó la pregunta pero se lo dije—. ¿No has recibido ningún otro antes?

—No.

—¿Sabes quién es *cucurrucu19701*?

No entendí a qué se refería. El doctor se dio cuenta.

—El otro destinatario del mail. ¿No viste la dirección? *cucurrucu19701* arroba Hotmail...

—¡Ah! ¿Esa era? No recuerdo...

—No tienes idea, ¿verdad?

Me le quedé mirando. En efecto no tenía idea (¿idea de qué?) pero reconocer la propia ignorancia no es lo más adecuado bajo ninguna circunstancia.

El doctor Gala dijo:

—Es la dirección de correo supersecreta del Presidente de la República.

—¿QUÉ?

—Como lo oyes. Muy pocas personas la conocen. En otro tiempo, o sea, para otro presidente, el nombre clave era *Babalucas*. Si veías la dirección de

Babalucas, sabías que la persona sabía. ¿Eh? ¿Me entiendes? Que era del círculo. Luego se supo y ya cualquier pelagatos conocía el nombre, pero mientras fue secreto... ¿Me entiendes?

Entendí. De hecho entendí esto:

—¿Me está diciendo que la loca esa tiene contacto con...?

—No. Cuidado. No le vayas a decir loca. Bajo ninguna circunstancia. Es persona de respeto. Como tú. —Se puso una mano en el pecho—. Como yo. De hecho, y no te ofendas, Mike... —el doctor Gala me decía Mike—, es más como yo que como tú.

Qué horrible sensación, entonces. ¡Qué horrible sensación, siempre, que una persona efectivamente de respeto nos recuerde que hay barreras infranqueables! Si tan solo mi padre no hubiese muerto endeudado. Si tan solo mi madre se hubiera vuelto a casar con alguien *mejor*...

Me controlé. Por supuesto. Si nacemos en cualquier lugar que no sea la cima, jamás tendremos una vida tranquila y siempre hará falta saber controlarnos. Yo lo aprendí hace mucho tiempo. En eso, por lo menos, siempre estaría por encima de Teresita y otras de su calaña.

Dije, con tanto cuidado como me fue posible:

—¿Y entonces qué debe hacerse con ella?

—Se le debe atender. Tú la debes atender. Ve qué puedes hacer. Con cuidado —y por primera vez en la vida puso su mano en mi hombro, amable, para *empujarme* hacia la puerta. ¡Me sacó de su oficina!—. Ah, y no lo olvides: no te comprometas y no gastes. No te metas en problemas.

Estimada Sra. Contreras Alavez-Torrado de Mulligan (*escribí; había llamado al licenciado Zebadúa, para verificar, y juro que lo escuché ponerse pálido; sí, me dijo; haz lo que te digan; la cuenta es auténtica; en la época antes del correo electrónico distribuían contraseñas igual de ridículas*):

Agradezco que me haya enviado nuevamente el archivo de su hija. Le cuento que el proceso editorial es complicado y tiene tiempos que no pueden acortarse: necesitaremos enviar la obra a dictaminación (*y otra página más que mi propia secretaria ya tenía lista entre otros documentos para copiar y pegar, detallando los pasos necesarios para editar un libro; eran más de los que yo creía; si escribiera, yo mismo no querría pasar por tanta burocracia*).

Atentamente

M. en C. Miguel Ángel etc.

No se me escapaba que la situación, de pronto, se empezaba a parecer un poco a la de Teresita, mi antecesora en la Jefatura. Aunque lo mío, desde luego, se volvió más apremiante y serio con la siguiente respuesta de Connie

Mulligan, que llegó al día siguiente:

Apreciable Lic. Florencia,

No me cabe duda de que la obra de mi hija será aceptada porque es bastante genial así que podemos pasar a otros asuntos. ¿Sabía que mi hija es campeona de esgrima y de equitación y habitualmente practica ambas al mismo tiempo? Lo sabía desde su tiempo en mi vientre materno (*y varios párrafos sobre cómo había empezado a escuchar su sabia vocecita desde el segundo mes de embarazo, y qué reconfortante era la sabiduría revelada que surgía de su panza, entre otros absurdos*).

También le cuento que he visto sus fotos en internet (las fotos de usted) y es exactamente como lo imaginaba: guapo y de porte distinguido. Lo felicito. Es usted sin duda una persona atractiva y agradable. Mi hija no piensa lo mismo pero es que además de ser genio es niña pequeña, por lo cual no tiene experiencia ni atracción todavía por los hombres. Pero sin duda cuando aprenda (*y, súbitamente, dos páginas o más sobre detalles de las presentaciones del libro genial de su hija genial: marcas de vinos y de caviar, piezas para el cuarteto de cuerdas, colores del uniforme de los meseros, lista preliminar de invitados. En la lista venían muchísimas personas con apellidos de abolengo, desde Jackie Hohenzollern-Suinaga hasta Juan Iván Carlosrequena Gómezbravo*).

Sinceramente

Connie Mulligan etc.

El mensaje, claro, seguía con copia para *cucurucu19701*.

Yo *soy*, anoto, una persona atractiva, y ese atractivo también me ha servido de mucho en mi carrera: no lo niego, al contrario. De hecho es un motivo de orgullo: cuando me establezca y tenga una familia mejoraré la especie humana, y entretanto mejoro el paisaje. Pero no me gustaba nada que una mujer como Connie Mulligan (o Connie Alrevés-Volteado de Mulligan, o como se llamara) estuviera viendo fotos mías. Eso no era normal. Eso era enfermo. ¿Quién era esa mujer?

–¿Quién es esa mujer? –dije, en voz alta. Mi secretaria (que se parece físicamente a Teresita mi antecesora, por cierto, aunque desde luego más morena y rellenita y tonta) pensó que hablaba con ella. Le dije acremente que no.

¿Quién era esa mujer? ¿Quién era? Hasta la cuarta o quinta repetición de la misma frase tuve la idea: podía hacer lo que ella (evidentemente) había hecho e investigar un poco. Abrí el navegador en mi computadora y encontré gran cantidad de fotos tuyas en sitios que (según vi) eran de revistas de sociales. Casi todas las fotos estaban tomadas en Chetumal, su ciudad. Al parecer la tal Connie Grande estaba cerca de los sesenta años. Era rubia y flaca: se veía ajada. De hecho tenía el aspecto de una dama promedio de sociedad, aunque (pensé) un ojo se le iba un poco hacia afuera. No sé por qué

el detalle me pareció siniestro. Por otro lado no había foto, ni mención alguna, de su hija. ¿Sería una niña pequeña? ¿Existiría siquiera?

–¿No es como raro que la cuenta de la hija la maneje la mamá?

–¿Cómo dice, licenciado? –preguntó mi secretaria.

–¡Maestro! –le dije, como otras veces. Mi trabajo me había costado. ¡Y en unos años haría el doctorado! ¿Por qué la gente no podía recordar esas cosas tan simples?

Estimada Sra. Contreras Alavez-Torrado de Mulligan:

Agradezco su mensaje y sus propuestas. No tenemos arreglos de distribución más allá del Estado de Ferlosio y algunos recintos académicos pero en todo caso examinaremos lo que nos sugiere con gran interés.

Nos hará falta someter a dictamen la obra de su hija con miras a su posible publicación. Como le comentaba, este dictamen tomará tiempo. Le pido y le agradezco de antemano su paciencia.

Atentamente

M. en C. Miguel Ángel etc.

Y al día siguiente:

Apreciable Lic. Florencia,

Tengo paciencia porque los sabios celestiales así nos la piden, por lo que no se preocupe. Es más, yo sé que usted es paciente también porque se le ve, se le nota en su cara. La serenidad es señal de perfección espiritual. Y de paciencia. Mi hija me dice que es señal de perfección espiritual, y ella sabe, porque más que yo ser una madre para ella, pobre persona humana limitada que soy, más he yo sido su discípula. Desde el principio ha sido así y he yo aceptado humildemente (*y luego, un pasaje rarísimo sobre ejercicios que ella debía hacer todos los días a intervalos regulares desde el nacimiento de su hija la genial Connie, incluyendo pararse de manos y doblarse para intentar besar su propio ombligo*).

Antes me costaba más trabajo todo esto porque no había bajado tanto de peso, pero desde que no tenemos dinero para comer cinco comidas diarias he mejorado mucho en mi flexibilidad. La verdad es que necesitamos algo de dinero, en especial para mí, porque Connie mi hija (Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado, que es realmente hermosa además de genial) no necesita alimentarse de la misma manera que yo, pero yo sí necesito. Tenemos el abolengo pero no la renta, me apena decirlo, y por eso también nos conviene tener pronto un anticipo literario de la obra de mi hija Connie. A lo mejor nos puede hacer un envío de dinero mediante el sistema electrónico. Me dicen que puede ser banca electrónica. Mi hija me dice. También hay tiendas de muebles que tienen este servicio de envío de dinero. O tiendas de aparatos electrónicos. O de muebles y aparatos electrónicos.

Sinceramente

Connie Mulligan etc.

Le respondí que para un trámite así se requerirían datos que ella no me daba, y en todo caso la Jefatura no tenía acceso a operaciones de banca

electrónica, y de todas maneras no había sido posible entregar todavía el texto a un dictaminador. Y al día siguiente:

Estimado Lic. Miguel Ángel,

No es necesario que se preocupe por encontrar un dictaminador que sea capaz de comprender los razonamientos e informaciones de mi hija Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado y de su libro, porque en realidad su sabiduría es espiritual y trascendente. No se lo quería revelar pero tal vez sea bueno hacerlo: en realidad el libro no se trata exactamente sobre ballenas (aunque seguro usted ya lo sabe porque ya lo leyó) sino sobre *(algo: aún hoy no entiendo qué. Primero venían términos que me parecieron de física, mezclados con menciones de auras, corrientes tónicas, líneas de fuerza y energía, mandalas del mundo; el resultado era similar a los terminajos de muchos libros new age, que desde luego son de lo que más se lee en la Universidad, igual que en todas partes, y que yo conocía además por Félix, el segundo marido de mi madre, que primero la consoló y luego la embrujó, parece, con todas esas tonterías. ¡Si tan solo no se hubiera gastado tanto dinero en sus viajes de iluminación a Nepal...! ¡Si tan solo el hijo de puta ese nos hubiera dejado un poco más antes de largarse con su siguiente víctima...!*

Por otra parte, luego de esto había más. Mucho más. Fórmulas y gráficas pegadas en el cuerpo del texto, no sé exactamente cómo. Dibujos, a veces de cuerpos humanos en toda clase de posturas y con vestimentas de lo más raro, y a veces de seres extraños, de edificios... Y luego un texto que parecía en latín o algo por el estilo, aunque de pronto decía «lorem ipsum», como el texto de relleno que se usa para revisar diseño tipográfico. Esto último, lo del «lorem ipsum», lo sabía antes de llegar a la Jefatura de Ediciones. Y luego fotos casi negras donde, de pronto, aparecían caras. O algo parecido a caras. No sé).

Sinceramente

Connie Mulligan etc.

Le respondí diciendo que de todos modos encontraríamos, tarde o temprano, a un dictaminador a la altura de la obra de su hija. ¿Qué más le podía decir?

Esa tarde fuimos a la cantina, que es un lugar no muy pretencioso pero de buen ambiente, en el que jamás dejan pasar a vendedores ni mendigos y además ya saben qué música le gusta al doctor Gala, y jamás ponen de otra. En un momento empezó a sonar «De qué manera te olvido».

Y de pronto el doctor (a quien enviaba copia oculta de todos mis mensajes y de los de la loca, sin llamarla así, por supuesto) me ordenó levantarme, me llevó aparte y me dijo:

—¿Cómo es que no se ha cansado todavía?

Yo tenía un trozo de salchicha (de la botana, por supuesto) entre los dedos de mi mano izquierda. El doctor Gala realmente me había apartado de la mesa con demasiada brusquedad.

—No sé, doctor —dije.

—Bueno, sigue como vas. No te comprometas y sobre todo no me

comprometas a mí.

Sentí cómo la salsa que bañaba a la salchicha escurría por mis dedos. Como no se me ocurrió ninguna otra opción, me llevé la salchicha a la boca y asentí mientras masticaba. Luego negué con la cabeza porque pensé que sería más claro para dar a entender que aceptaba su prohibición. O algo así. La salsa seguía escurriendo así que me chupé el dedo. Rogué por que el doctor Gala no me viera. Era absurdo: desde luego me estaba viendo. Tragué.

—Sí, doctor —dije luego—. Es decir, sí sigo. Y no lo comprometo —y sentí que me escurría salsa de los labios a la barbilla.

Y al día siguiente:

Querido Miguel,

No lo conozco y ya siento que lo quiero.

Y sé que tal vez usted no me pueda querer a mí, porque además de ser mayor soy simplemente mujer, con mis frustraciones y mis tristezas, fuerte sexo y a la vez débil. No recuerdo quién dijo esas frases. Pero de todos modos se las digo. Mi hija Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado dice que las cosas deben decirse. Tal vez ella es la autora de las frases de inspiración que le dije a usted por escrito en este mismo mensaje. Sé que tal vez a usted no le parezca que deba tener empatía y sinergia con una mujer, dado que su madre de usted se dejó llevar por un falso profeta y le ocasionó prejuicio. Pero es que ya siento que lo quiero. ¿Le comenté que ya siento que lo quiero?

Vamos a ir a visitarlo a Puerto Ferlosio. ¿Le comenté que lo vamos a ir a visitar? Iremos a Puerto Ferlosio, mi Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado y yo, y hablaremos con usted para que no tenga más miedo ni preocupación alguna por el debido adelanto editorial por cuenta de derechos de autor, ni tampoco en general por el proyecto editorial de la publicación de las revelaciones que trae mi hija, y que ya le puedo decir que serán un mensaje de paz y de esperanza como no ha habido otro en la historia. Usted y yo seremos los vehículos. Los instrumentos. Y por eso ni se preocupe por nada usted. ¿Se preocupan los coches? ¿Acaso? ¿Y los cuchillos de cocina?

Sinceramente

Connie Mulligan etc.

¿Qué se responde a algo como eso? Yo le escribí una vez más que las dificultades administrativas, que la dictaminación, que etcétera. Pensé que estaba empezando a repetirme. Pero no tenía muchas opciones para seguir intentando que se desanimara y que ya no escribiese más.

Y aparte estaba el problema de que esa mujer estaba haciendo, ahora, referencia a información que *no tenía por qué conocer de ninguna manera*. ¿Cómo sabía de mi madre? ¿Cómo sabía de Félix? ¿Cómo se atrevía a decirme semejantes cosas? No solo no era una mujer joven (como ya sabía) sino que si le importaba tanto obtener dinero, como ya había dado a entender en un par de ocasiones, debía saber perfectamente que no tenía nada que

ofrecer a una persona como yo.

Y así como ahora no lo he vuelto a mencionar en tres o cuatro renglones, y de pronto no puedo contenerme más y debo decirlo..., así entonces, mientras leía el mensaje en mi oficina cerrada, y pensaba en el mensaje en mi oficina cerrada, y estaba agradablemente sentado en mi oficina cerrada, dentro del edificio climatizado, en el hermoso campus universitario de la Ferlosiana, en las cercanías de una de las ciudades más prósperas y más tranquilas del país, no pude más y alcé la vista y di un puñetazo en mi escritorio y dije en voz muy alta:

—¿Cómo carajos *supo*?

La mano me dolió. Bastante. Pero no sabía cómo ella sabía. ¿Me habría *hackeado* el correo electrónico mediante sus mensajes? Fue lo primero que pensé: estaba de moda poner a los *hackers* como excusa de cualquier estupidez dicha en línea, de cualquier infidencia y espionaje, pero ¿y si fuera verdad en este caso? Yo nunca me fijaba en los términos de servicio de los sitios en los que me inscribía; nunca cerraba las ventanas que se abrían al ver páginas porno o descargar música o películas; ponía «me gusta» en todas las cosas que me gustaban en las redes sociales, por estúpidas que fueran. ¿Y si Connie Blablablá de Mulligan se hubiera metido en mi información confidencial durante cualquiera de esos periodos de imprudencia? ¿Y si ya tenía mi dirección, mi número de teléfono, mis fotografías...? ¿Y si llegaba a mi casa y ella *ya estaba allí*, al lado de su hija Connie Mulligan Wishu-Washu...?

No tenía manera de saberlo. ¡No tenía manera! Le di otro golpe a mi escritorio y me dolió más que el anterior. Alertada por el ruido, mi secretaria entró cuando empezaba a chuparme la mano. Me miró como si me le estuviera insinuando con fines eróticos y volvió a salir.

Me sentí solo. ¿A quién le iba a pedir ayuda? Me sentí, también, indignado. Yo no era como otras personas, por muy manchada que estuviera mi historia familiar. ¡No importaba que mi padre estuviese muerto y mi madre (que pese a todo no había dejado de creer en las idioteces de Félix) se ganara la vida lavando letrinas en un *ashram*!

Como lo único que podía hacer por mi cuenta era tratar de defenderme (y de rechazarla), escribí (con mi mano sana, así que me tardé más que otras veces) esto:

Estimada Sra. Contreras Alavez-Torrado de Mulligan:

Los detalles que me cuenta podrían dar para una conversación. Sin embargo, no es necesario que venga de momento, ni su hija tampoco. En este lapso hemos podido conseguir un dictaminador y ya me entregó su veredicto, que por desgracia no es aprobatorio. Como (lamentablemente) debemos atenernos a ese dictamen, no podremos publicar el libro. Lo lamento mucho y le deseo lo mejor a usted y a su hija en su carrera futura.

Atentamente

M. en C. Miguel Ángel etc.

Y adjunté un dictamen reprobatorio, muy agresivo, que en realidad era para otro libro pero del que solo tuve que cambiar el título y la fecha. Aquí, anoto, me fijé por primera vez en el título del trabajo de Connie Tikitaka, que era *Saber Espiritual de los Sabios del Cosmos: una Nueva Era de la Guía Humana*. Ese fue el título que puse en el archivo. No puse «Tikitaka» como apellido, desde luego, de Connie Turruntuntún o como quiera que se llamara.

«Es una sarta de estupideces», decía el texto (entre cosas peores), «y si a alguien le gusta leer semejante cosa, se sigue por pura lógica que ese alguien es un idiota». Mandé el mensaje con copia al doctor Gala, como siempre, y él me mandó llamar otra vez: era la primera vez que lo hacía desde que había comenzado todo aquel asunto tan desagradable.

Nuestra charla fue peor que la de días antes:

–¿Estás seguro de que lo que le has dicho era lo mejor que podías decirle? –me preguntó.

Intenté decirle que esa mujer estaba investigando mi información personal y por lo tanto me ponía en riesgo.

–Tersita argumentaba exactamente como tú argumentas ahora –dijo él. Su tono me sorprendió. Pensé en una frase que leí no sé dónde: «Frío como el frío».

–Perdone, doctor –comencé–, pero..., pero cómo va a comparar... Tere era una histérica, una...

–Si me llega una queja contra ti, va a ser contra ti –me interrumpió–. Entiendes eso, ¿verdad? Entiendes que si fuera cualquier otro caso podría ser más flexible, pero no con una persona incluyente..., digo, influyente..., *tan* influyente...

No me miraba a la cara. De todas maneras me empujó para sacarme de su oficina. Pocos minutos después salía con todos los demás: todo el resto del grupo, hacia la cantina. No habían dado las dos. Los había llamado a todos para salir un poco antes y que no los acompañara.

Yo entendí que realmente no quería verme con ellos y no intenté alcanzarlos.

¡Como odié a los oficinistas menores (con nombres como Sixto, Edson Patricio, José de Jesús) que solían ir tras de mí en la comitiva! Ese día les vi la espalda por primera vez...

Y al día siguiente hubo tres mensajes en la mañana y otros tres en la tarde.

Seis mensajes.

El primero:

Apreciable Lic. Florencia,

¿Le conté que mi hija habla cuarenta idiomas? Es maravilloso oírle cantar en sánscrito o en maya. A veces canta en los dos idiomas al mismo tiempo. O en otros. No sé. Porque no sé tantos idiomas como mi hija. Ella es genial porque está bendecida. No la saco mucho a la calle ni dejo que le tomen fotos porque quiero protegerla de la gente loca o malévola. Hay mucha en el mundo. Luego usan la red mundial internet para propósitos diabólicos y son maestros en eso.

(Varios párrafos sobre cómo la gente, incluyendo «licenciados y maestros», buscan sitios con contenidos eróticos y luego los imprimen y buscan quién se los lea en voz alta, para provocar que las pasiones se eleven y se intercambien los líquidos. Y mucho más por el estilo).

Yo no me doy tanto como debería en los círculos de la sociedad decente porque (le digo esto porque ya siento que lo conozco de vista y además de toda la vida) yo tuve a mi pequeña Connie, que es una niña genial, la tuve fuera del matrimonio. No es que yo haya sido una loca o casquivana sino que no fue posible evitarlo.

¿Me confirma la publicación y el estipendio para mi hija Connie y para mí? Usted es el jefe. Dígame ya que sí.

Sinceramente

Connie Mulligan etc.

El segundo:

Apreciable Maestro Florencia,

¿Le conté que mi hija habla 40 idiomas? Es maravilloso oírle cantar en sánscrito o en maya. A veces canta en los dos idiomas al mismo tiempo. O en otros. No sé. No sé si ya le dije esto.

Creo que el lector que dictaminó el dictamen de mi hija usa una plantilla o machote para ahorrarse trabajo a la hora de hacer sus trabajos negativos, porque en algún lugar menciona el título «Cuentos para esperar borracho el fin del mundo» y el nombre de un tal Medardo Corcuera, que desde luego no son ni el título de la obra de mi hija ni el nombre de mi hija, que es como usted sabe es Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado.

(¡Se me había escapado una vez el nombre de la obra original y de su autor!)

Mi hija, ella misma, me ha indicado además que el trabajo negativo siempre se revierte contra quien lo realiza. Esto es una verdad de la vida. Es de las que se revelan cuando se hacen los rituales. Cuando se queman las ofrendas en el cuerpo de los animales. O cuando el destino de una persona se sacrifica haciéndolo igual al de otra. Pero le digo y estoy diciendo que todo lo malo cae contra quien hace el mal, tarde o temprano. Aunque tarde muchas vidas. Aunque no parezca. Dice mi hija. Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado. El origen de mi hija es que yo estaba en una fiesta en un yate en altamar. Fue hace mucho, de hecho en las costas cercanas a Puerto Ferlosio. Tenía treinta y seis años. Estaba borracha. Sentía que la vida y la muerte no tienen sentido, que es lo que solía sentir cuando me emborracho.

Tengo carácter melancólico y una hebra fina, además, en el alma. Siempre he sido así. Ese día mi hermana, que me llevaba de chaperona por ser yo la quedada de la camada anterior de la familia Contreras Alavez-Torrado, tenía puesto su *baby doll* y se enredó con el capitán del barco, su novio (de ella) y tres marineros. La hicieron decir y hacer cosas horribles. Ella era feliz y gruñía como cerdo mientras la abusaban de todas las formas eróticas que no le puedo decir. Decidí tirarme por la borda y morir porque la vida de la riqueza y la humillación no es para mí. Quise morir. Nunca me habían amado. Me decían que era chistosa o imbécil. Me tiré. Una luz blanca me envolvió antes de que pudiera tocar el agua.

Sí nos va a dar dinero, ¿verdad? Recuerde que lo vamos a ver.

Sinceramente

Connie Mulligan etc.

El tercero:

Amado Doctor Florencia,

¿Le conté que mi hija habla cuarenta idiomas? Tengo la sensación de que usted lo sabe. De que de alguna manera ya está enterado y yo solo repito.

Me quise morir y estaba cayendo hacia mi muerte cuando me envolvió la luz blanca. Es la que se menciona en el libro de mi hija maravillosa Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado. Estaba presa en esa luz y subí por el aire, y los que fornicaban en la cabina del yate no me vieron. Pero es que no era un milagro ni nada sobrenatural sino una nave espacial, o bien llamada O.V.N.I, que me atrapó con su rayo de energía blanca.

¿Entiende que es necesaria la publicación de su obra de sapiencia y además el estipendio para mi hija Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado? ¿Y para mí? Vamos a verlo y como de todo habrá consecuencias de todo esto. Cuando es contra uno es contra uno. Hoy salimos para verlo a usted. Yo subí por el aire atrapada en el rayo, que me jaló al interior de la nave o bien O.V.N.I., y en el interior estaban E.L.L.O.S., señores extraterrestres alienos de sapiencia cósmica. Ellos me examinaron. Me pusieron pruebas en todo el cuerpo. Me llenaron de tubos de ellos y de otros. Me hicieron decir y hacer cosas horribles. Creo que yo no fui feliz aunque gruñía como cerdo mientras me abusaban de todas las formas que no le puedo decir. Eran de rostro bello y extraño como el de mi hija. No conocían el amor ni la piedad. Amanecí otra vez en la playa. Dicen que nadé desde el yate estacionado en el muelle. O que no subí y que estoy loca. Mi hermana dice que estoy loca hasta el día de hoy, que siempre he estado loca pero ella es una prostituta y una mujercuela furcia y no le creo nada. Pero yo sé lo que viví y mi vientre estaba henchido de sapiencia cósmica cuando todo pasó. E.L.L.O.S. me habían dejado preñada de eso. Eso que era mi hija y que desde entonces empezó a revelarme la revelación. Es como si te hubieran *hackeado*, me dice. El cuerpo. Intervenido para mejorar y hacer mejor. Mi hija me lo dice. Mi hija sabe cosas que

le vienen de las alturas cósmicas y las energías sagradas. Eres mamaplús, me dice, mamamasuno. Mejormamá.

Por ejemplo. Yo sé que el padre de mi hija se llama Mulligan, como todos los habitantes de su planeta, y nada me ha disuadido de mi saber como consta en las actas del Registro Civil y en mi nombre, que no es como el de mi hija sino Connie Contreras Alavez-Torrado de Mulligan. Me dan pastillas y no me las tomo. Salgo bien en las fotos pero traigo la verdad de mi hija al mundo. ¿Ya le dije que vamos para allá? Mi hija tampoco conoce el amor ni la piedad.

Sinceramente

Connie Mulligan etc.

Pude haber pensado, creo, muchas cosas tras leer este mensaje.

Pero lo que pensé (lo único que fui capaz de pensar) fue que ya había descubierto lo que sucedía. Claro: maestros, licenciados, ¡doctores!, erotismo, lectura en voz alta, la referencia a la jefatura, *hackers* ¡y «contra ti»!... Salí corriendo de mi oficina y encaré a mi secretaria.

–A ver, ya basta.

–¿Basta de qué, licenciado?

–¡Maestro! –grité, y la acusé de estar coludida con Teresita, que después de todo había sido su jefa, y que había dejado el trabajo en circunstancias (hay que decirlo) adversas. Que las dos se habían asociado para molestarme a mí–. Es decir, no digo que ella haya dejado el trabajo para molestarme, sino que ahora me molesta. Tú me molestas. Las dos.

–¿De qué me está hablando?

Se lo dije. Seguramente todo era invento de ella. De ellas. De las dos. Los mensajes de la supuesta Connie Mulligan, el recurso de utilizar la dirección supersecreta como salvaguarda, o salvoconducto, o como se dijera, la presión para hacerme sentir como ella se había sentido, es decir, acosada por una persona demente y poderosa. Todo era idea suya, le dije, y de Teresita, a la que se parecía tanto, y que sin duda era una resentida social y una mala perdedora.

–¡Además de una lesbiana! –grité. Sentí, con toda sinceridad, que esa vida de abusos no era para mí.

Ella replicó: –A usted todas las mujeres le han de parecer iguales.

Nunca una mujer me había dicho nada parecido, así que me sorprendí.

–¡Claro que no...! –me detuve– ¿Cómo te llamas?

–Cristina –respondió mi secretaria–. Seis meses en el puesto y nunca me ha preguntado.

–Tengo mucho trabajo –dije, por decir algo. Luego me di media vuelta.

Luego otra. Y luego otra. Luego me metí en mi oficina. Luego volví a salir. Le pregunté a mi secretaria (Cristina; la llamé por su nombre, lo recordé) si tenía alguna dirección de Teresita. La tenía. Hubo una pausa.

Le pedí la dirección. Me la dio. Salí del edificio.

Ese día tampoco fui a la cantina a comer. En cambio tomé mi coche y (lleno de furia y dignidad: creo que hasta lo pensé con esas palabras) conduje hasta la dirección que me había dado mi secretaria (Cristina). Un edificio en un barrio de clase media de Ferlosio. Desde luego, pensé: solo una arribista podía ser tan resentida...

Tenía que acabar con todo aquello de una vez. Bajé, fui hasta la puerta de entrada, toqué el timbre del departamento correspondiente y salió a abrirme una mujer. Pero era una que no reconocí. Era flaca, pelicorta y de ojeras pronunciadas. Algo en su cara me hizo pensar en mi secretaria, aunque era de piel más blanca. Luego recordé que mi secretaria me recordaba, a su vez, a Teresita.

—Mi hermana se fue de la ciudad —me dijo. Yo no dije que por un momento la había creído la amante lesbiana de Teresita. Agregó que el loco (el de los poemas eróticos) la había molestado durante meses, incluso después de que ella dejara su trabajo (ahora *mi* trabajo; es decir, se refería a Teresita). Y todos los intentos de alejarlo habían sido inútiles. La policía les había dicho que no podían hacer nada porque tenían «la indicación» de no ayudarla, para no ofender al Gobernador del Estado; de hecho la habían amenazado con cárcel o algo peor si no se quedaba callada—. ¿Fue usted el que les dijo que no la ayudaran? —agregó—. La pobre estaba hecha pedazos. Hijos de puta.

Yo no tenía idea de que se pudiera hacer algo así. Se lo dije. No sé si me creyó. Me dijo que tenía la esperanza de que el loco no se hubiera ido tras ella, pero no lo sabía.

—No llama porque este teléfono está intervenido. El loco siempre le decía cosas de nuestras conversaciones... Otra persona a la que pedimos ayuda, un periodista, nos dijo también que no se podía hacer nada, pero además nos dijo... Nos dijo que lo que pasa es que los locos tienen poder.

Ya estábamos sentados en la salita del departamento, en el que no vivía nadie y que la hermana visitaba de vez en vez para cuidarlo. Por si ella volvía, me dijo. Aunque no pensaba que fuera a volver. Yo me pregunté por qué me decía todo eso. También se lo pregunté a ella:

–¿Por qué me dice todo esto? En especial lo de los locos.

Ella suspiró y cambió de posición en el sillón que ocupaba. Se me ocurrió que debía haber pensado mucho en ese tema. Luego dijo:

–Porque es cierto. Por sí solos no pueden hacer nada: no tienen dinero ni armas ni autoridad. Pero los que sí tienen todo eso los adoran o les tienen miedo. Les dan cartas de recomendación, les dan permisos, mandan que otros los atiendan y los sirvan. Les dan algo de su propio poder porque los aman, o a lo mejor nada más para quitárselos de encima. Saben que son incontenibles. Que no se detienen. Que pueden lograr cosas imposibles simplemente porque no saben que son imposibles.

–¿Está usted ebria?

–O a lo mejor creen de veras en lo que dicen. Le tienen miedo a poderes que sean más grandes que los de ellos. Temen que alguien les haga lo que ellos hacen. Que sean agentes de algo o alguien que no entienden. Y los que pagan son otros. Siempre. Los que están más abajo. Nosotros. Toda la gente que tiene que lidiar con ellos y un día no puede. ¿Sabe cuántos son? ¿Los que acaban cada año muertos por un maniático, desaparecidos, arruinados? No se ven porque se confunden con todos los demás, los secuestrados, los asesinados.

–Yo no veo noticias –no sé por qué dije eso.

–El periodista nos mostró casos. Son muchos. Mi hermana es una entre miles de personas como ella. El gerente de una cementera se echa encima el contenido de un camión mezclador y se asfixia, porque estaba amenazado y le pedían materiales dizque para construir una ciudad para Dios en la Tierra. Una mesera se mete al desierto para llevar una comida a no se sabe quién, a un mesías, nadie le entendió del todo a lo que decía, y se pierde, se cae en una zanja y se la comen los coyotes. Un técnico de la policía intenta borrarse, destruir todos sus registros desde su propia acta de nacimiento hacia adelante, porque no dejaban de meterse en su correo, de llamarlo por teléfono, de abordarlo en la calle; lo descubren mientras se está borrando, lo arrestan, y él se suicida mientras está en custodia, porque sabe que no le van a creer quién lo acosa. Alcanza a decir que él tampoco creía hasta que le demostraron la verdad con un milagro y luego mete los dedos en un contacto eléctrico.

Quise reaccionar:

–¿Cómo le hizo el gerente para echarse encima el cemento?

–Mi hermana siempre supo que usted estaba deseando su puesto y

haciendo enjuagues para echarla, pero jamás pensó que fuera a llegar a hacer lo que hizo. Echarle encima a un loco. Me pidió que si alguna vez lo veía le dijera que no va a perdonarlo jamás. Que para usted será poca cosa, una más de las trastadas que hace para avanzar en su carrera, pero que a ella le destruyó la vida. Que es usted un cabrón. ¿Vino a ver cómo le fue? Ya sabe. De paso nos arruinó a varios más...

Sentado allí, mirándola decir todo lo que decía, se me ocurrió que ella debía tener sus propias angustias: sus propios motivos para andar desaliñada, para tener esas ojeras y esa cara de la que ya se había caído todo, para dar la impresión de estar así de rota por dentro. Luego pensé que si lo ocurrido a su hermana era la causa, Teresita debía verse aún peor, estuviera donde estuviera.

Y brevemente me dolió, mucho, que las dos me juzgaran tan dura y tan injustamente.

Entonces me acordé de que yo también tenía problemas. Y decidí que iba a sacarle la verdad y también la ubicación de su hermana, para obligarla a parar o por lo menos para darle con mis propias manos una golpiza tal que en vez de lesbiana iba a parecer hombre, y hombre feo, además, como los oficinistas de la Ferlosiana y tantos otros en el mundo.

Pero todo lo que pude decir fue:

—¿Está segura de que ella no está aquí?

No sé por qué dije eso, que en realidad era una idiotez. Ella se levantó, se acercó a donde yo estaba y me escupió en la cara. Tampoco pude hacer nada más que limpiarme con una mano, levantarme, dar media vuelta y salir.

Llegué a mi casa y en mi correo electrónico personal estaba este mensaje, el cuarto de los seis del día, desde la cuenta de Connie y Connie (o solo de Connie, no sé) y con copia al Presidente de la República:

Miguel, Miguelito. ¿No has entendido? Micky. Mike. Necesitamos tu ayuda. Ayuda para revelar la verdad revelada, y difundirla, y que yo pueda mantenerme para servicio de mi hija. Yo sirvo a mi hija, Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado. Es muy hermosa, como su padre. No conoce la piedad y por eso a veces se ve rara, además de que técnicamente no es humana. Pero oh

(Aquí varios renglones en blanco).

E.L.L.O.S. tienen el poder de tomar información de las mentes y de las máquinas. Dan vueltas alrededor de la Tierra en sus naves O.V.N.I. Alienos de sapiencia cósmica. Un día harán de

la Tierra la T.I.E.R.R.A. y de la T.I.E.R.R.A. el C.O.S.M.O.S. Tu mamá también lo sabe. Mira:

(Aquí otro renglón en blanco. Y luego...)

Hola Hijo, como estas? Mi amiga me invito a que te escribiera en su mensaje, dicto mis palabras con mi mente desde el ashram, siento que, te sientas mal por el modo en que te trate, estaba buscando, la paz espiritual, sentía que me lo debía a mí misma!!!, ahora los señores de la paz se revela, que son los que ella conoce, los E.L.L.O.S. de muchos nombres, ya dale lo que pide y estarás bien

Me aparté de un salto de la pantalla de mi computadora, como en una mala película. La apagué sin más. La desconecté del enchufe. Me pregunté si debía patearla, o tirar el monitor al suelo, o algo parecido, para que se notara el dramatismo. Luego pensé que pensar en cosas así era idiota y que por tanto no debía estar tan asustado como creía estarlo.

Entonces sonó mi teléfono móvil y en él estaba este mensaje, el quinto:

Hola, soy Connie, ya sabes quién. Dice tu mami: no te resistas Hijito mi Cucharita!

Aquí sí pude aventar el teléfono al otro lado del cuarto, como en un *thriller*, sin mayor dificultad.

Hace muchos años, cuando mi madre vivía aún conmigo y mi padre simplemente se limitaba a tratar de ganar más poder y autoridad mediante sus negocios, jugábamos. Era bonito. Al niño que yo era le parecía bonito. Estábamos solos en el mundo. Corríamos por la casa, nos arrojábamos los juguetes, y al final, cuando estaba cansado, ella me llevaba a dormir. Yo siempre quería que se quedara conmigo en vez de con mi padre, que de todas formas llegaba siempre tardísimo. Ella no quería, pero sí se acostaba un rato conmigo y me abrazaba por la espalda. De «cuchara», como se dice. Y me decía, de cariño, justamente así:

–Mi cucharita.

Hoy yo dije también:

–Mi cucharita. Mi cucharita –pero luego agregué–: Puta madre –y pisé el teléfono, que había caído al suelo, hasta hacerlo pedazos. Luego salí y corrí en mi coche durante largo rato, a todo lo largo de la costera, mientras una tormenta se formaba en el mar. Cruzaba las intersecciones a toda velocidad y

la gente que estaba cerca me insultaba. Yo tocaba el claxon, los maldecía, o ambas cosas a la vez. Ya era de noche cuando recordé que la historia de Connie Contreras de Mulligan tenía que ver con el mar y con luces en el mar, y regresé a mi casa tan rápido como pude.

Me estacioné, entré en mi casa, sonó el teléfono fijo, contesté sin pensar y una voz cascada, remota, dijo:

–Miguelito amado, ¿te decidiste? ¿Sí me vas a decir que sí? Tu mamá y mi hija Connie esperan tu veredicto. Estamos en camino a Puerto Ferlosio. Te veremos mañana en tu oficina. No quieras que hagamos más. No quieras que empecemos a usar la energía. Vamos a quitar cualquier obstáculo. Di que...

Colgué. Salí corriendo otra vez, sin coche, y no llegué muy lejos, supongo, antes de cansarme. Caminé. Seguí caminando. De algún modo dejé atrás el barrio en el que está mi casa, y que es muy exclusivo, y pasé a uno de los que habita la gente de medio pelo o peor, más cerca del centro del Puerto. Los edificios eran tan feos como sus habitantes. Había cafés baratos, tendajones grasientos, calles apretadas y repletas de coches mal afinados y autobuses manchados y oxidados. Las alcantarillas olían a mierda. Había mendigos pidiendo dinero en las esquinas, prostitutas, vendedores de chucherías. Se oía, a todo volumen, la música vulgar que le gusta a esa gente porque no tiene otra opción, al contrario de uno.

Se oía también la vida horrible que viven todos los días, y no como yo, que la estaba viviendo entonces y antes no la había vivido. Había un tipo negro de suciedad, tirado en la calle, quién sabe si borracho o drogado o qué. También había varios con tal cara de traficantes que me hicieron recordar que Puerto Ferlosio (de estas cosas no se habla) tiene paz y riqueza porque está tomado, protegido por un capo de los grandes. ¡Los *dealers* que llegaban a mi propio vecindario vestían discretamente, no se daban a notar...!

Pensando en esto tuve la fantasía de que si me esforzaba: si aguantaba todo lo que me rodeaba y me quedaba aquí el tiempo suficiente, podría empezar a parecerme a ellos, y entonces pasaría inadvertido: Connie Mulligan Esto y Connie Mulligan Aquello llegarían y me buscarían y no podrían encontrarme. Pero no: veía mi reflejo en los aparadores y las ventanas y seguía siendo yo: comparativamente (al menos: tampoco soy tan soberbio) siempre iba a ser hermoso. Qué horrible.

Me emborraché, evidentemente. Largo rato, en algún sitio de esos. Pasé la noche en blanco. Al día siguiente recobré el sentido hecho un garabato en

la banca de un parque infecto. Por no saber qué más hacer, fui por mi coche y luego llegué a la oficina. Iba a pedir ayuda al doctor Gala. Lo más simple era decirle que sí a esa mujer. Darle algún dinero para que publicara su libro. Algún dinero (algún «recurso», como se dice en ofiñol, el dialecto que hablamos aquí) tendría que haber. Alguna partida presupuestal se podría modificar. Los contadores a nuestro servicio eran excelentes. No habría necesidad alguna de complicarse la vida con explicaciones. Más aún: yo no tendría que explicarle a nadie lo que estaba sucediendo. Estaba lo bastante lúcido, todavía, para saber que nadie me iba a creer. En esto me parecía al técnico de la policía. Pero yo sería más sensato que él y que Teresita, que el de la cementera y la estúpida mujer de los coyotes: yo no iba a meter la mano en un contacto eléctrico. Yo saldría adelante. Yo podría contribuir con algo de mi sueldo, o con todo mi sueldo, por qué no, qué más da el dinero, al sostenimiento de Connie Mulligan y Connie Mulligan y mi madre en el *ashram*.

¡Qué cosas se me estaban ocurriendo!

Al llegar a la Jefatura de Publicaciones, sin embargo, sucedió algo inesperado: no había nadie. Los escritorios estaban vacíos. El sitio de mi secretaria, Cristina, se llama, estaba vacío. No estaban las otras secretarias, los funcionarios menores, el hombre de la limpieza (¿o eran varios?) al que yo siempre veía en un rincón, comiendo o fumando o bebiendo refresco (¿o eran tres hombres, cada uno de los cuales hacía una sola cosa en vez de trabajar?). Había computadoras encendidas, tazas de café a medio vaciar, teléfonos descolgados: parecía que todos habían salido de prisa o habían sido tomados por una luz blanca y misteriosa...

De lejos vi que el sitio de Lorena, la secretaria del doctor Gala, no estaba vacío. Corrí hacia ella. Al verla de cerca me pareció que algo andaba mal. Tenía manchas alrededor de los ojos. No eran ojeras sino rímel. Entendí que había estado llorando.

—¿Dónde está el doctor? —le pregunté.

Me miró. Creo que la asusté pero no dijo nada de mi aspecto. No dijo nada.

—Necesito ayuda...

El doctor no estaba en la oficina, me explicó Lorena. Empezó a llorar otra vez. Me explicó que el doctor no estaba en su oficina, de hecho, porque acababa de ser denunciado por plagio; de hecho, por actos de plagio que

abarocaban desde 85% de sus publicaciones recientes en revistas hasta sus tesis de doctorado, maestría y licenciatura.

—Está en el Consejo Universitario. Ya le dijeron que lo van a correr y están viendo cómo nada más lo corren a él para no afectar a más personas. O, al contrario, si nos van a correr a todos. No sé. Todos los demás se fueron a ver qué pasaba y qué podían hacer para que no los corrieran. Yo le dije: «Voy con usted». Y él me dijo: «No, Lorenita, quédese a cuidar, ni modo de dejar sola la oficina». Era un caballero. Digo, es. De los jefes que he tenido es el único que nunca ha querido meterme mano. Es un machín pero se me hace que en el fondo ha de ser gay de clóset —y comenzó a sollozar.

Yo, como siempre, apenas podía asimilar sus primeras palabras. —¿Hay denuncias contra el doctor? —pregunté— ¿Desde hace varios años?

No sé qué me dio, por un momento, que de pronto miré las paredes cubiertas de retratos y diplomas y cuadros y todos ellos me parecieron falsos, como mal hechos con servilletas sucias o papel periódico.

Luego me repuse un poco.

—¿Por qué precisamente hoy?

Y ella se repuso también, y me repuso:

—El maldito blog ese de las denuncias lleva años en línea, pero ahora sí lo leyó alguien de un periódico y reventó la cosa —me explicó, con cara de enorme tristeza.

Sonó su teléfono y lo contestó como si fuera un día cualquiera. Yo recordé que, entre todo lo demás que me había dicho Connie Contreras Alavez-Torrado de Mulligan el día anterior, estaba el aviso de que hoy llegaría con su hija, a verme. Pasé a mi propia oficina y rebusqué en el escritorio de Cristina (mi secretaria se llama, o se llamaba, Cristina) hasta encontrar su libreta de direcciones y el teléfono del licenciado Zebadúa, mi primer valedor, el hombre en el que más confiaba en el mundo. El único que todavía, de vez en cuando, iba a visitar a mi madre al *ashram*, aunque ella apenas le hablara y se le quedara viendo con cara de iluminada o de daño cerebral.

Ya no había nadie más que el licenciado Zebadúa, tipo noble con la gente que quería, despiadado con sus enemigos, asesor y confidente de cinco regímenes distintos: de los poderosos que ni siquiera necesitan un doctorado en el extranjero, de los que se las arreglan para *no* salir en los periódicos. Ya no había nadie más, digo, en condiciones de ayudarme.

(Qué suerte que estaba allí, pensé, y que su teléfono estaba registrado en la libreta, dado que yo había destruido mi propio teléfono. Se me hizo una casualidad venturosa: el signo de que algo bueno saldría de todo este embrollo terrible).

Y cuando marqué a su oficina, al número que solo había utilizado al verme en la necesidad más imperiosa de pedirle ayuda para obtener trabajo (es decir, solo cinco o seis veces en toda la vida: «Las llamadas triviales las hago yo», decía; se lo decía incluso a mi madre), en la oficina del licenciado Zebadúa me informaron que este acababa de fallecer de un ataque cardiaco.

Me quedé sentado un largo rato. Debo haber tenido cara de daño cerebral. O de iluminado, como mi madre. Lorena hablaba por teléfono.

Tuve una idea, la última. Fui al escritorio de Lorena, abrí su cajón sin pedirle permiso (ella siguió hablando por teléfono), saqué *su* libreta de direcciones y la revisé hasta encontrar el que buscaba: un número privado que pocas personas conocían, y que estaba guardado en la libreta más secreta: una que yo mismo solo había visto un par de veces. Lorena ni siquiera me miró.

Volví a mi oficina y marqué el número desde mi escritorio.

–Presidencia –me contestó una voz. Era el número directo, sin intermediarios ni obstáculos. El número secreto. El número sagrado.

–¿Tiene el señor Presidente una...? –me detuve; sentí que mi voz sonaba como un chillido histérico. En cambio, debía sonar tranquilo..., y no podía preguntar si la dirección electrónica supersecreta era real o no, porque de hacerlo iba a dar a entender que no lo sabía—. Necesito hablar con el señor Presidente –dije al fin—. En persona. Le llamo de parte del licenciado Zacarías Zebadúa. Usted sabe quién es. Es en relación con un mensaje en su cuenta de correo, la cucurucu19701...

–No –empezó la voz.

Y yo imaginé, muy brevemente, que me iba a decir que el Presidente no tenía semejante cuenta ridícula: que todo era una mentira, que Connie Mulligan estaba coludida no solo con mi secretaria (Cristina), con Teresita y con la hermana de Teresita, sino también con Lorena, con mi madre, con quien hubiese denunciado al doctor Gala, con quien hubiese hecho morir al licenciado Zebadúa de un infarto.

Así pensé.

Y la voz, de hecho, dijo:

–No... hay nadie que lo pueda ayudar, licenciado Florencia. Lo siento mucho. Tiene que arreglar esto solo.

Me quedé en silencio unos segundos. Lorena seguía hablando por teléfono. Su voz sonaba como la última voz en el mundo.

–*Maestro* Florencia –dije al fin–. Mi trabajo me costó. A lo mejor no me cree dadas las circunstancias, pero hice mi tesis completamente solo, sin ayuda de nadie.

Callé y escuché el tono de marcar. Me di cuenta de que la persona de la voz me había colgado inmediatamente después de decir que lo sentía.

Caminé hasta Lorena. Eran solo unos pocos pasos, solo traspasar el umbral de mi oficina y avanzar unos pocos metros más, pero avancé muy lentamente, y de hecho fui desacelerando. Pude escuchar, por lo tanto, una buena porción de lo que ella decía:

–Ya está. ¿No vio las noticias? Yo fui quien avisó al periódico del pinche blog ese. Como quedamos. Yo fui quien lo echó de cabeza al doctor. ¡Yo! Después de todo lo que él hizo por mí. Y ya le tengo también aquí al maestro Florencia... ¡Sí, aquí está! ¡Claro que me aseguré...! No sea así. ¡La he obedecido en todo! Yo fui quien se consiguió al loco ese para viniera y fastidiara a la licenciada Teresa. Yo le conseguí la carta de recomendación. Yo convencí al doctor de que aceptaran a Florencia. Yo fui la que arregló todas sus pendejadas para que no lo corrieran, para que se relajara... Yo fui la que...

Hizo una pausa. Luego gritó:

–¡Ya dígame cuándo la van a soltar! ¡Ya déjenla ir! ¡Todos sus putos discursos son puras mentiras, no son más que ladrones, asesinos...!

Entonces se dio cuenta de que estaba allí, volteó y me miró.

–Un momentito –dijo al teléfono. Bajó el auricular. Me miró como esperando que le dijera algo.

No pude hablar. Pensé que se veía exactamente como se veía siempre. Cuando mucho, tenía manchas negras alrededor de los ojos. Por haber llorado, desde luego.

–¿Qué cosas escondió? –pude decir al fin.

Ella colgó el teléfono.

–Este es un mundo muy feo, licenciado, digo, maestro –respondió–. Todo el mundo está para sí mismo. Todo el mundo pisa a los demás. Gana el que pisa más fuerte. Y a las mujeres nos va peor. Todavía ustedes hombres se

juntan pero las mujeres no nos juntamos jamás.

–¿Qué cosas se dedicó a «taparme»? –dije.

–Y a mí debería valerme madre, con perdón, porque mi hija ni me quiere: con ella siempre eran problemas y golpes. Cuando se la llevaron yo pensé primero que se había ido con un novio. O una novia. Y entonces me fueron a avisar en dónde la tenían y qué le estaban haciendo. Me enseñaron videos...

Se tapó la cara con las manos e hizo un ruido extraño con la garganta. No sé por qué, pensé en la hermana de Tersita, ajada, rabiosa.

–Y aquí estamos: mire lo que una hace por amor. Por estúpida, dirá usted, seguro. Porque usted es de los que van a tenerlo todo o por lo menos a estar con alguien que lo tiene todo.

–Contésteme –creo que grité–. ¿Qué pude haber hecho *yo* que fuera una pendejada?

Y ahora ella puso una cara de piedad: de lástima, que me habría dado rabia en cualquier otro momento.

–Si no lo hubiera ayudado un poco todos los días –me contestó–, ni siquiera el doctor Gala hubiera sido capaz de mantenerlo aquí el tiempo que ha sido jefe de publicaciones. No se ofenda, maestro, pero no es que usted haga pendejadas: es que *es* un pendejo. Así es usted. Si el mundo fuera justo no habría pasado de ayudante, de mensajero... No importa, también es hombre, hasta es una virtud el que sea pendejo. Pero, mire, no se ofenda. De todos modos ya está llegando la señora Contreras..., o sea, la mamá, Contreras Alavez-Torrado de Mulligan, y usted tiene que hablar con ella. Todo esto es para darle gusto. Lo que ellos quieren quién sabe qué será, pero la tienen que tener contenta. Así lo entiendo yo.

Literalmente en ese momento la puerta se abrió y entró Connie Contreras Alavez-Torrado de Mulligan, exactamente como la había visto en las fotos: una señora de la mejor sociedad, toda porte y toda distinción como solo se pueden tener cuando se nace con ellos. Llevaba un vestido práctico y a la vez muy fino, perfecto para una visita protocolaria a un centro de trabajo decente. Hermosos zapatos. Tenía un collar muy discreto, de plata, y aretes que hacían juego. Su cabello era rubio cenizo natural. No identifiqué su perfume pero desde luego era finísimo.

Debían ser como las doce del día. El sol entraba por las ventanas. En algún lado se preparaban para enterrar al licenciado Zebadúa y también (de

otro modo) a mi jefe, el doctor Gala. En algún lado sufrirían Teresita y su hermana, sin saber por qué. En algún lado del *ashram* (claro) mi madre estaría encontrando la paz y la iluminación, como siempre, entre cubetas llenas de orines y caca.

Y ahora me adelanto y digo que la voz de la señora Connie Pispás, Pío Pío, Telefunken, Chinchinchín, fue la que oí en el teléfono, en mi casa. Y digo también que *oí* los puntos de las siglas que mencionó:

–Buenas tardes, licenciado. Otra cosa que me dieron E.L.L.O.S. fue palancas. Es decir, contactos. Lealtad de personas leales que me ayudan por las buenas, con el fin de que otros me ayuden aunque sea por las malas. No lo uso mucho pero lo uso. Tengo un poco de problema –un ojo se le fue a un lado: quiero decir que bizqueó. Lo hizo por tres o cuatro segundos–. Sí entiende que todo es parte de lo mismo. ¿Verdad? La Ciudad de Dios, que no es un nombre tan exacto pero es lindo, por cierto, ya se está construyendo, para que habiten en ella los capataces, como el que cenó a la señorita en el desierto. Por ejemplo. Y el técnico que vino después del que intentó borrarse no era tan escéptico y trabajó mejor.

Tras ella, justo al otro lado de la puerta de nuestro piso, debía haber alguien más. Ya se veía su sombra. Avanzaba delante porque la luz le caía desde atrás. No sabía si sentir alivio de que todo iba a terminar de todas formas. También temí estar a punto de orinarme en los pantalones. Qué indignidad.

Antes de que eso pasara debía hacer una pregunta y fui capaz de hacerla:

–Señora Contreras Alavez-Torrado...

–Señora Mulligan.

–Señora Mulligan, ¿por qué yo?

–¿Cree usted que yo me hice esa pregunta?

Dudé. De pronto creí entender. Pensé que mi futuro no iba a ser el de Lorena, o el de la hermana de Teresita, pero tuve ganas de taparme la cara con las manos y hacer ruidos con la garganta.

Y en vez de eso dije: –No.

–De hecho sí me hice la pregunta –dijo Connie Mulligan Saltapatrás–. Hace mucho, cuando me la podía hacer. La respuesta es ¿por qué no? Seguro que cuando ha hecho alguna de las tuyas ha pensado así. ¿No? Que qué más da. Que, cómo decirlo..., ah, ya sé. «¿Qué daño puede haber si de todas

formas puede usted hacerle lo que quiera a quien quiera?»». Fuera.

Esta última palabra me sorprendió, pero no era para mí, sino para Lorena, que se levantó, dio la impresión de que iba a decir algo, no dijo nada. Se fue, arrastrando los pies.

–Exacto –dijo la señora Mulligan–. Justamente ahora no sé si le dije que mi hija, Connie, habla cuarenta idiomas. Me despisto un poco. También me pregunto si sabe usted, porque yo no sabía, que por quitar de en medio a su jefe aquí en la Universidad de pronto se queda usted sin presupuesto en la Jefatura y no me puede dar de momento mi estipendio y la edición del tratado sapiencial. ¿Lo sabía?

–Justamente ahora que lo menciona, sí, en lo que nombran a otro jefe..., puede haber un retraso –sentí calor y humedad entre las piernas: tanto tiempo de querer ascender, tanto esfuerzo, tanto cuidado de la persona y del entorno y de las relaciones, y para qué–. Puede haber un retraso pero yo le puedo dar todo lo que tengo, lo que me pida...

–No será necesario –me interrumpió–. Lo más sensato, pensamos, es decir, piensa mi hija Connie Mulligan, y piensan E.L.L.O.S., claro..., lo más sensato es que nos quedemos a vivir con usted mientras todo se arregla, y puede empezar a trabajar para nosotros. Y así nos aseguramos de cuidarlo. ¿Verdad, Connie, mi amor, mi adoración, mi sol de todas las noches de todas las vidas del mundo?

Creo que hasta ese momento había creído, aún, que Connie Mulligan Contreras Alavez-Torrado, la hija de la señora Connie y del extraterrestre, la que no era humana y no conocía el amor ni la piedad, y hablaba cuarenta idiomas desde el vientre materno, y traía un mensaje de sabiduría y todo lo demás..., creo que hasta ese momento seguía creyendo que ella no existía de veras. Que era su madre loca. Su madre poderosa y loca. Por qué no. Qué más da.

Entonces miré al umbral y vi que la sombra ante la entrada empezaba a moverse, y vi que entraba, y la vi entera, y ella me vio, y ya no había nada más que hacer, más indignidad o más miedo, y solo dije:

–Oh.

AQUÍ SÍ SE ENTIENDE TODO

En el video aparecen dos hombres. Caminan entre los autos por el estacionamiento. La cámara está fija en el techo, o tal vez en una columna de cemento, y ambos se alejan de ella. Uno viste un overol naranja, muy sucio, y el otro una camiseta verdosa que alguna vez fue negra, pantalones de mezclilla y zapatos tenis viejos y gastados. Sus caras nunca se verán claramente: ahora están de espaldas, por supuesto, pero en cualquier caso las sombras serán siempre espesas y negras, de alto contraste. Además, la textura de la imagen es áspera, de poca resolución. Los colores son muy intensos – sobresaturados–, pero esto sugiere que la grabación fue procesada.

De pronto hay un movimiento en el borde de la pantalla. Un tercer hombre se ha puesto enfrente de los otros dos. Está vestido de payaso: pantalones verdes, chaqueta roja y zapatos amarillos. Trae puesta una máscara blanca, probablemente de hule, con mechones de falso pelo de color azul o violeta.

Las facciones de la máscara son las de un demonio, con grandes colmillos.

Los otros dos hombres, evidentemente desconcertados, se detienen. Por unos segundos no se mueven.

En este momento se revela que delante del payaso, entre él y los dos que lo miran, hay un cuerpo tendido en el suelo. Es que se mueve un poco. Está parcialmente oculto en una sombra en el piso y parece, primero, una mancha, una forma sin sentido. El movimiento lo convierte en un conjunto coherente: la cabeza, con un rostro de facciones inciertas; su brazo izquierdo –una manga larga, un manchón informe que debe ser una mano– y tal vez parte de su torso.

Pasan segundos. Las otras figuras –el del overol, el de la camiseta, el payaso– permanecen inmóviles y permiten que la atención se concentre en el cuerpo tendido. Su movimiento podría ser vacilante o podría ser espástico, fuera de control. ¿Está herido, drogado?

No se sabrá. De pronto el payaso levanta un martillo enorme (¿de metal?, ¿lo tuvo siempre en las manos?) y golpea con gran fuerza la cabeza del cuerpo tendido, que truena (¿o explota?, ¿qué es ese sonido que se escucha?) y arroja un chorro de color rojo hacia el del overol y su amigo.

Ambos gritan. Ambos dan media vuelta, con lo que muestran a la cámara sus pechos y sus caras embarrados del líquido rojo. Ambos huyen corriendo con el payaso tras ellos, blandiendo su martillo. Los tres salen de cuadro y no regresan.

El video termina. El reportero cierra la tableta y se la devuelve a la editora.

—Es una de esas bromas pesadas —dice—. De las que hacen con cámara escondida. De seguro el que está en el suelo es un muñeco. La cabeza es un globo lleno de alguna sustancia y tiene un resorte o algo que le mueve el brazo. En la página no aparece quién lo hizo, ¿verdad? No hay logos ni nada...

—No.

—Debe estar recortado: lo tomaron de algún otro sitio. Típico. A lo mejor por eso está procesado y se ve así. Mándame la dirección para verlo luego en casa. Y pobre tipo, el del overol, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque estaba hecho un cerdo. A la hora de echarse a correr debe haber tenido un infarto.

Los dos ríen un poco, levísimamente.

—¿Entonces me mandas la nota mañana en la mañana? ¿Qué te dijo el especialista? —pregunta la editora. Se refiere a un académico que aceptó hablar con el reportero sobre su tema: las leyendas urbanas (y sus muchas derivaciones modernas, entre las que están, por supuesto, videos como el del payaso) y su gran popularidad en algunos países con altos índices de violencia.

El reportero saca su propia tableta, la enciende y abre un archivo. Dice:

—Es un poco obvio lo que dijo. Que la realidad supera siempre a la ficción, que la gente sabe que las historias de horror más impactantes son las de la vida real, las masacres... A ver, déjame encontrar una parte. —Con un dedo mueve el texto por la pantalla—. La gente en países como este, dice él, no puede «escaparse», distraerse con esas historias violentas como lo hace quien no las tiene cerca. Simplemente porque son su realidad. A menos que sea muy rico, que sea político o capo, de escape no le sirven. Y entonces se tiene que buscar otras. Que parezcan reales, pero que tengan que ver con otras amenazas. Payasos asesinos, monstruos del espacio con muchos tentáculos, el Hombre Delgado...

—¿Qué es eso?

—¿El Hombre Delgado? Un tipo muy flaco, sin cara y como de tres metros de alto que sale en fotos.

—¿A la gente le da miedo eso?

—Es súper popular. Pero el punto, según el tipo este, es que los monstruos gustan no solo porque entretienen, sino también porque en el fondo son un consuelo. A sus víctimas siempre se les ve de lejos, siempre les va peor que a uno, y además uno puede entender lo que les pasó, cómo se pusieron en peligro, qué error cometieron. Se podría decir que lo mismo pasa en los videos de ejecuciones, de decapitaciones: «qué está haciendo ese tarado en Siria», «para qué se mete con narcotraficantes» —la editora hace una mueca y el reportero marca las comillas en el aire—... Así piensa la gente. Pero se ve mal admitir que uno se entretiene viendo una muerte verdadera. Mejor ver muertes igual de violentas pero que uno pueda defender diciendo que son falsas. Hay otra cosa que dice esta persona... —El reportero busca de nuevo en el archivo—. Aquí está. En la vida real uno no entiende por qué le va mal, por qué no tiene dinero, por qué lo deja la pareja, por qué los que tienen el poder hacen las cosas que hacen. Pero aquí sí se entiende todo.

La editora conversa un poco más con el reportero. Luego le dice adiós y este sale de la pequeña oficina. A un lado de la puerta está el Atacante, pero el hombre pasa junto a él sin prestarle atención: no tiene el aspecto de un payaso, un demonio, un ser inhumanamente alto, un monstruo tentaculado del espacio ni un criminal peligroso. Es decir, la estrategia de desinformación del Atacante y sus amigos —que es muy ardua y compleja: que incluye videos como el del payaso y muchísimo más— sigue funcionando, y nadie repara en él.

El reportero camina hacia los ascensores. El Atacante piensa brevemente en lo fácil que sería echar a andar tras él, abordarlo en algún sitio discreto y llevárselo. Nadie puede resistírsele. Lo más que podría hacer, ya atrapado, sería adelantarse a cualquier explicación y comprender, sin ayuda, lo que va a sucederle.

Pero, desde luego, algo así sería absurdo. ¿Para qué ir precisamente contra un reportero, que es de los que difunden las noticias fabricadas o matizadas expresamente para permitir las actividades del Atacante y de sus amistades?

—En donde se come no se caga —dice, con frecuencia, Carablanca, una

de las amistades más cercanas del Atacante. Es una persona vulgar y desagradable. Le gusta dejarse ver y luego castigar a quienes cometen el error de mirarla con demasiada atención. Su frase también es desagradable pero no se equivoca.

Así que el Atacante espera a que llegue otro ascensor. Baja al estacionamiento, paga su boleto, sube a su coche y sale a la calle. Conduce a velocidad moderada y sin cometer imprudencias. En poco tiempo ya está ante su casa, ya se estaciona, ya entra y baja al sótano enorme, perfectamente equipado.

Las personas que recogió en la última semana siguen en las jaulas o atadas a las mesas. Y siguen vivas, conscientes, lúcidas.

Nadie entre ellos lo buscó. Nadie tenía afición o interés previo en las historias de conspiraciones y fantasmas. Nadie es tan importante como para que lo echen de menos o investiguen su paradero.

Algunos gritan, para suplicarle o maldecirlo, pero casi todos callan, amansados por los días o semanas o meses de cautiverio. No siempre los más estragados, los que ya no tienen extremidades o piel, son los más dóciles.

—¿Qué pensarían de uno? —dice el Atacante, en voz, alta, pero es una pregunta retórica. Entra en el pequeño guardarropa y sale vestido con la bata blanca y el delantal de cuero, listo para elegir las herramientas que empleará esta noche.

ARTE

Qué dolor que el planeta entero acabe violentamente justo a las siete de la mañana cuando todo el mundo se ha despertado y sale a trabajar. Qué lástima que las noticias apenas logren hablar de la inquietud anunciada mundialmente por expertos y autoridades y casi nadie en la calle les haga caso y nadie entienda nada. Qué triste oír el primer temblor y ver las grietas más y más grandes y las lenguas de fuego que salen de bajo el asfalto en los paradores de autobús. Qué doloroso caer hacia la muerte en la primera oleada entre los trozos de suelo roto y los peatones y los pasajeros y los vehículos con sus conductores y los puestos de revistas y comida barata y películas piratas y los policías y los ladrones. Qué terrible no ver siquiera la belleza (terrible) que se contempla desde los helicópteros de tráfico y de policía y de los empresarios que iban a sacar adelante al país entero y también desde los aviones de pasajeros o de militares o de narcotraficantes cuando las llamas se elevan centenares de metros en pocos segundos y los alcanzan y los devoran y por un instante se vislumbran bajo ellas los ríos recién nacidos de lava y roca fundida que ya se han comido a tanta gente pequeña y que son mucho más grandes y profundos de lo que nadie llega a imaginar pues se ensanchan y se ensanchan y se ensanchan incluso después de haber quemado a casi todos y haber derribado a los edificios grandes y pequeños y haber borrado la ciudad entera, nivelado los montes, evaporado el agua y hecho polvo casa y palacios. Y qué tragedia en fin que los dos que aún no mueren y esperan morir aquí en la ciudad reventada, y allá, sobre el mar que hierve y se parte en dos, en esos dos puntos opuestos que la destrucción no ha tocado todavía...

* * *

Pero antes de seguir, aclaremos varias cosas:

1. El último hombre en morir será Rafael, poeta de veintitrés años de la ciudad de Toluca, Estado de México, México. Él estaba caminando hacia su trabajo como mesero en un restaurante, cuando la ciudad explotó bajo sus pies. De modo improbableísimo, el estallido no lo mató de inmediato sino que

simplemente lo propulsó hacia arriba, a gran velocidad. A cientos de metros de altura, Rafael está abrazado a un poste de luz, arrancado como él del suelo, que sube también y que le da la impresión de tener un asidero firme. Y aunque son, al menos aquí, las siete de la mañana, y el día empezaba, y los niños iban a la escuela, y todo parecía la misma rutina de siempre, y no había modo visible de escapar jamás de esa historia repetida y mísera, precisamente por todo esto ¿cómo iba a pensar él que el mundo estaba a punto de irse entero al carajo?

2. Por su parte, la última mujer en morir será Jauza, una diseñadora de *apps* de treinta y un años proveniente de la ciudad de Ambon, en el archipiélago de las Molucas, Indonesia, y hasta hace poco en vuelo de su país a la India. El avión, desviado enormemente de su ruta por terroristas, explotó en el aire y ella, milagrosamente, no ha muerto por la descompresión ni por el frío y cae, aparentemente despacio, hacia el Océano Índico; haber estado desatada de su asiento, y por lo tanto no estar cayendo con él ahora sino sola, paracaidista sin paracaídas, le da la sensación engañosa de estar simplemente volando, reforzada por el hecho de que para ella, al otro lado del mundo, son las siete de la tarde y no las siete de la mañana. El miedo tarda varias décimas de segundo en manifestarse: las que Jauza tarda en ver el cataclismo de fuego que se abre paso a través del agua, llamas y vapor ardiente desde el fondo invisible del abismo.

¿Cómo va una a imaginar que el mundo termine a las siete de la tarde, mientras todo se dispone a descansar, mientras brilla el último sol sobre el agua y (pese a todo, todo lo demás) hay esperanza, pues las sobrecargos acababan de recibir permiso de llevar a los rehenes su merienda?

3. Estos dos *son* realmente los últimos seres humanos. Las malas películas apocalípticas, de las que hubo muchas en los últimos tiempos de este mundo, solían omitir los cuerpos destrozados, la agonía, la sangre: todo lo que aún puede verse aquí y allá por todo el planeta y que no perdona a nadie. Ancianas con el vientre abierto en canal por un trozo de automóvil, bebés decapitados por fragmentos de vidrio volando a cientos de kilómetros por hora, etcétera. Debe decirse que el destino de todos –de los siete mil trescientos cuarenta y dos millones, novecientos ochenta y dos mil ciento dos habitantes del planeta– ha sido ya, en este instante, ahora, un horror semejante..., con solo esas dos excepciones. Solamente Jauza y Rafael no

han tenido aún su final espantoso y velocísimo, y aunque de hecho tampoco han visto en detalle el final de nadie, y de momento (ahora sí los dos, también Jauza) simplemente están aterrorizados más allá de toda razón y reflexión, tendrán más tiempo que nadie en la historia humana para aquilatar la proximidad de su propia extinción, así como la de todas las cosas, y por tanto terminarán sus vidas con ese sufrimiento adicional: sabrán perfectamente que va a sucederles lo que va a sucederles.

4. La separación entre los dos últimos seres humanos puede verse como significativa.

5. ¿Por qué puede verse como significativa la separación de Rafael y Jauza, anti-Adán y anti-Eva, encargados (en sentido figurado, claro) de cerrar la puerta y apagar la luz? Primero porque decir que el fin del mundo es a las siete de la mañana, como se dijo, o a las siete de la tarde, como se dijo después, es omitir que el mundo también se acaba, en otro huso horario, a las seis, o bien a las dieciocho. Y en otro, a las nueve, o bien a las veintiuna. Y en otro más a las tres o las quince, o a las once o las veintitrés, y así sucesivamente en virtud de la redondez de la tierra y su girar, sobre su propio eje, en lo profundo del espacio frío y hostil. El mundo, pues, se termina a todas horas.

6. Y segundo: si bien el fin del mundo es en realidad a todas horas, sí tiene un eje, distinto del de la rotación de la Tierra; y este eje es la línea que se puede trazar de la mujer al hombre, de la habitante de Ambon la Hermosa al de Toluca la Bella, de México al Índico, de siete de la mañana a siete de la noche, de uno a otro, en fin, de esos puntos en el globo que de hecho son antípodas exactas. Si viviera alguien más (y si hubiera aún tierra firme ciudades infraestructura electricidad internet) lo podría comprobar en un mapa o en un sitio web de los que ofrecen herramientas para hallar, justamente, el antípoda de cualquier sitio en el globo.

Hay una línea invisible, un rayo de fuerza, una recta imaginaria, perfecta, que atraviesa la Tierra entera; uno de sus extremos toca a Jauza sobre el mar y el otro a Rafael sobre la tierra. Uno se eleva y la otra cae en la trayectoria que dibuja. Los dos morirán en ella.

7. Y ellos mismos son antípodas (también se podría usar el término *periecos*), opuestos y complementarios en el espacio físico pero también en muchos otros: no solo hombre y mujer sino practicantes de artes muy distintos, uno muy nuevo y otro muy antiguo; una en el hemisferio sur y otro en el norte.

Además, a Jauza le iba bien en su profesión mientras que Rafael trabajaba de mesero porque, al menos en su país y su tiempo, de la poesía realmente no se podía vivir.

Además, Jauza acababa de romper con Abdurrahman, su novio de un par de años, el hombre con el que más feliz había sido y con el que más había disfrutado la vida, sencillamente, en público y en privado. Rompió por una diferencia de opiniones religiosas: unas palabras duras, denigrantes, que ahora Jauza recuerda fugazmente y que jamás hubiera creído escuchar. Y Rafael, en cambio, acababa de conocer a Tatiana, atea convencida como él, y había tenido un serio altercado con ella en un bar, y los dos, borrachos, se habían dicho cosas terribles, y sin embargo después, en un momento de distracción o de cansancio, comenzaron a besarse. Y ahora —en este momento de la destrucción— Rafael piensa fugazmente en su cara, en el tacto de sus labios.

8. (Además, no se debe olvidar que esta historia podría haber comenzado así:

Qué dolor que el planeta entero acabe violentamente justo a las siete de la tarde cuando todo el mundo empieza a pensar que saldrán con bien de esta. Qué pena que las noticias de inquietud en el resto del mundo no lleguen a la cabina de pasajeros y que de llegar no hallarían a nadie que les hiciera caso ni que entendiera nada. Qué triste oír en cambio el crujir del fuselaje y luego sentir la primera agitación del aire y de los estallidos afuera y de pronto el gran estallido adentro. Qué doloroso caer hacia la muerte todos juntos y todos separados a la vez entre los trozos de fuselaje roto y alas inservibles y los pasajeros y la tripulación y los secuestradores y maletas y revistas y objetos diversos y motores aún en marcha. Qué terrible no ver siquiera la belleza (terrible) que se contempla desde lo alto porque ya se está muerto o porque se gira a gran velocidad y el pánico impide apreciar cómo el mar sobre el que brilla la luz del último sol no es un plano de apariencia perfecta sino una agitación y un rugir como nunca se han visto y aun a esta

altura se le ve quebrarse en olas gigantescas y enfrentadas por corrientes que no deberían existir porque se mueven en todas direcciones a la vez y también desde abajo y con ellas salen a la superficie restos y rocas y criaturas sumergidas desde cardúmenes enteros de peces menores hasta ballenas y monstruos de lo más profundo y cualquier barco que pudiera estar en ese caos ya está hecho pedazos porque bajo ellos el fondo del mar se agita también como el aire y aunque no se vean ya deja escapar gases hirvientes y torrentes de lava. Y qué tragedia en fin que los dos que aún no mueren y esperan morir aquí, y allá, sobre el mar que hierve y se parte en dos, en esos dos puntos opuestos que la destrucción no ha tocado todavía...).

9. Además, los dos, Rafael y Jauza, se sienten en general frustrados con sus vidas. Aunque quién no. Hace pocos segundos, las personas verdaderamente prósperas y satisfechas del mundo tuvieron o un final velocísimo, fulminante, que las destruyó sin que se dieran cuenta, o bien tuvieron justo el tiempo suficiente antes de morir para darse cuenta de que toda su belleza, su salud, su poder y su dinero no valían realmente nada, como decían los europeos de la Edad Media en las épocas de peste para consolarse de vivir mísera y morir horriblemente.

(En el aire sobre el Índico cae una maleta en cuyo interior hay un ejemplar de un libro sobre la *Danza Macabra* francesa, aquella gran representante de su género: una reproducción de los frescos del siglo xv del cementerio de la Iglesia de los Santos Inocentes de París sobre la muerte que todo lo iguala, acompañada por los textos correspondientes a cada muerte, quién sabe si traducidos o no en este caso, pero en todo lo demás exactamente igual —el ejemplar— al que en Toluca estaba leyendo una persona a la que Rafael no miró en realidad al pasar a su lado, hace minutos. Ahora, hecha pedazos la persona por las explosiones, el libro asciende solo, todavía intacto, tan inalcanzable y desconocido para Rafael como el suyo para Jauza).

10. Y podemos seguir.

Mamá dice ahora Rafael en voz alta —han pasado un segundo o dos desde los labios de Tatiana— en el mismo instante en que Jauza, al otro lado del mundo, dice: *Papá*, en su idioma, por supuesto, tras el último pensamiento que dedicará a las palabras de Abdurrahman.

Luego ella agrega en su caída, también en indonesio: *Papá, hice todo lo*

que me pediste, mientras Rafael agrega, en su ascenso: *Mamá, no hice nada de lo que querías...*

11. Y así sucesivamente: si nos quedamos observándolos todavía más tiempo, atentos a más detalles, veremos más reflejos involuntarios, imposibles de saber ni de acordar para ninguno de los dos. De hecho, si además de verlos ahora miramos a su alrededor encontraríamos más correspondencias entre sus entornos (no solo los ejemplares de la *Danza Macabra*: la biografía de esas dos niñas, las balas en esas dos armas) y si miráramos no el presente sino el pasado, el tiempo vivido por los dos cada uno en su país y sus circunstancias, notaríamos que todos y cada uno de los hechos de sus vidas tienen también esa misma simetría o correspondencia. Cada alegría tiene su tristeza que se le opone, cada triunfo su fracaso, cada vigor su fatiga, cada noche su día.

12. Pero hay que repetirlo: ninguno lo sabe.

13. Y ahora, cuando ha pasado un poco más de tiempo, han sollozado del mismo modo veloz y sentido el mismo terror y entendido las mismas cosas; cuando ambos han llegado a convencerse de que están totalmente solos, de que no hay nada en su futuro salvo la última parte del horror, porque ahora los dos entrevén las convulsiones de la tierra misma bajo ellos con mayor claridad que nunca antes y comprenden que esto que pasa es realmente el fin de todo, en todas partes, el cataclismo del que creían saber todo por el cine y la televisión pero que ninguno de los dos creía realmente llegar a ver; ahora que las llamas desde la ciudad devastada ascienden para alcanzar y quemar y destruir del todo el cuerpo del hombre antes de que deje de subir; ahora que las aguas se han abierto de veras bajo Jauza, y es que una grieta en el fondo del mar se las está tragando, y al mismo tiempo otras grietas se abren y empiezan a dejar de escapar nubes y chorros de materia ardiente que también quemarán y destruirán del todo el cuerpo de la mujer que cae hacia ellos; ahora que tal vez ninguno de los dos consiga siquiera terminar lo que está diciendo ya para nadie, para él mismo o ella misma, para el escasísimo futuro y el pasado que se vuelve nada...

Ahora, en este momento, *aquí*, el planeta explota: una detonación más allá de todo estruendo, que convierte toda la materia de la Tierra en plasma

ardiente y la expulsa hacia afuera y la dispersa por el espacio, sin que quede nada, sin que haya ninguna huella ni evidencia del mundo que estuvo antes aquí, todo perdido y todo borrado, limpiamente, para siempre.

14. La tristeza de todo esto no es el fin en sí mismo sino la constatación de que ni Rafael, ni Jauza, ni ningún otro de los muertos, vieron al final estas simetrías.

Ni vieron tampoco cómo (de hecho) las historias de todos, no solo las de los últimos dos, se correspondían y se entrecruzaban, se balanceaban en el presente y a medida que se internaban en el pasado, todas conspirando para llevar hasta los últimos momentos sus patrones y sus correspondencias.

No podrían haberlo visto porque para ello se hubiera requerido que tuvieran una visión sobrenatural, más allá de toda percepción humana del tiempo y del espacio, y además una capaz de percibir no solo todo el espacio ni todo el tiempo sino también el *tono*, tristísimo, trágico, de cada instante y causa y efecto. Solamente el creador del mundo y sus iguales pueden percibir tales cosas; solamente ellos pueden apreciar el mérito de semejante orbe doloroso y amargo en tantas dimensiones, y solamente ellos, además, pueden apreciar cómo incluso la tristeza de no poder ver estos designios, de una especie y un mundo que murieron sin entender nada, es también parte de la obra y de su efecto preciso, deliberado, para el paladar de aquellas criaturas enormes que ahora se empiezan a alejar de la explosión final y a comentarla, exactamente del mismo modo en que se comentaban las películas cuando había gente, y cines, y aquella iba a estos.

* * *

Y ahora sí podemos terminar:

Qué tragedia (decíamos) que los dos que aún no mueren y esperan morir aquí y allá en esos dos puntos a los que no ha tocado la destrucción no vean nada de esto.

Qué tragedia en fin que los dos últimos en morir y los únicos que al menos empezaron a ver la explosión definitiva de todo no estaban hechos para entender que el mundo entero era una obra o mecanismo capaz de crear la belleza de su ignorancia y de su miedo y de su sinsentido que ahora se expanden y se enfrían convertidos en restos informes y sin huella de otro

dolor que el dolor de ya no ser nada ni a las siete ni a las otras siete ni nunca.

–No le encontré el mensaje –se queja un espectador, en otro lugar.

–No me parece que diga nada relevante sobre la actualidad –agrega otro.

–Estas cosas son para que te diviertas y descansen la mente –dice un tercero, según él para defender la obra, que ninguno recordará mañana.

ÉL ESCRIBE SU NOMBRE

ESA NOCHE YA SABÍA LO QUE DESEABA: que Marga fuera mi novia en serio. Pero de todos modos fui al hotel con Silvia.

Pensaba (lo recuerdo bien) que no podía cortar con Silvia así como así. Que habíamos sido pareja durante años y, aunque ya no la quería, había que pagar esa última deuda: darle un último rato de estar conmigo, de sexo y de ternura. Ya no pienso así. He cambiado.

–Vamos para allá –le dije, tras salir del Metro. Yo era el encargado de seleccionar los hoteles y había elegido uno que no habíamos visitado: era relativamente nuevo y un poco mejor que otros que conocíamos. Estaba bien puntuado en un blog sobre hoteles de paso de la ciudad, que visitaba siempre que me hacía falta. Recuerdo haber pensado esto: que con esa comodidad un poco arriba del promedio, el recuerdo de nuestro rompimiento sería un poco menos amargo.

Fuimos más allá de los puestos de comida y películas piratas que rodeaban la estación y, en vez de ir directo al hotel, dimos el rodeo obligado: nos internamos por una calle oscura, de casas de un solo piso y comercios pequeños: una tienda de pinturas, una peluquería, una funeraria.

Silvia y yo habíamos sido pareja desde los últimos semestres de la universidad: estudiábamos juntos, íbamos juntos a todas las fiestas, y si no había fiesta escapábamos de nuestras casas con el poco dinero que podíamos reunir para comprar una sola taza de café –que hacíamos rellenar muchas veces y compartíamos por horas– en alguna cafetería. O bien nos íbamos a un hotel. A Marga, en cambio, la conocí al entrar a trabajar y pasamos de estar meramente uno al lado del otro, rellenando boletines de prensa en el área común de la oficina, a ayudarnos: a defendernos de los compañeros que deseaban cambiar nuestras sillas plegables por otras en peor estado, por ejemplo, y también a elegir siempre el mismo lado, ella y yo, en las intrigas de los jefes o de otros empleados.

Pasamos así un año. Silvia y yo seguíamos diciendo que éramos pareja pero solo nos veíamos por las noches (a veces) y los fines de semana. Nunca llegamos a vivir juntos. Con Marga, en cambio, estaba siempre. En alguna parte leí sobre los «cónyuges del trabajo», con quienes se llega a tener más intimidad y más experiencias compartidas que con la pareja que se deja en

casa, y al leer entendí, y al entender ya no pude sentirme culpable nunca de los besos que empezamos a darnos, de las pausas para encerrarnos en los baños, de cuando empecé a ir a hoteles con Marga. Todo esto fue mucho antes de que decidiera que debía cortar con Silvia.

Entonces me hubiera defendido diciendo que al final decidí cortar, de todos modos, y en cualquier caso era por el bien de ella, de mi antigua novia, que así dejaría de perder su tiempo y podría buscarse a alguien. Alguien que la quisiera más, me decía. Mejor. Que le diera su lugar. Porque era una persona extraordinaria, me decía. Aunque ya era realmente preocupante el mucho tiempo que llevaba sin encontrar trabajo, luego de que ambos termináramos la carrera, Silvia podría enamorarse en cualquier momento de algún vecino, de un mesero de los sitios a los que llegaba a llevarla (como ahora tenía un sueldo la llevaba también, de vez en vez, a sitios mejores de lo usual para reconciliarnos tras una pelea), o quizá de algún empleado de las farmacias en las que comprábamos condones.

Tal vez, incluso, ya se había enamorado de alguno, y aunque la idea de que me fuera infiel me molestaba, terminé por decidir que mientras más pronto concluyera todo, mejor. Ya dije que he cambiado.

Esa noche caminamos más allá de la funeraria, hasta la siguiente esquina, dimos vuelta a la derecha, avanzamos dos calles más hasta llegar a otra avenida grande y dimos una vuelta más para alcanzar el hotel. Al final daba la impresión de que íbamos hacia la estación del Metro en lugar de haber salido de ella, y de que el edificio —el hotel Imperium— nos estaba saliendo al paso por casualidad, como los demás que estaban a lo largo de nuestra ruta.

Llegamos. Había arbustos espesos, plantados en macetas enormes, justo delante de la entrada del hotel, para que la gente que entrara al lugar se sintiera protegida. Silvia entró primero y se quedó mirando la pared opuesta al mostrador mientras yo entraba tras ella y pagaba el cuarto. Es parte del ritual, como no mirar a nadie a la cara. Puse un nombre falso en el registro, el encargado me dio una llave del primer piso y subimos. Era sábado pero no se veía mucha actividad. Una prostituta, de falda pequeñísima, medias de red e implantes en los senos, bajaba sola las escaleras y pasó a nuestro lado sin mirarnos.

De pronto tuve una idea desagradable: en más de un año de conocerla, tampoco le había dicho nunca a Marga que tenía una novia. Así que ahora la

estaba engañando a ella. Una vez que hubiéramos salido del hotel, o incluso en cuanto comenzáramos a vestirnos, tendría que decirle la verdad a Silvia. Como mínimo, tendría que pedirle tiempo. Decirle así: tiempo para estar solo y pensar en nuestra relación.

Hallamos el cuarto, el 11, y era como muchos otros que habíamos visitado juntos: pequeño, blanco, con una cama en el centro y otra puerta que daba a un baño. La diferencia estaba en que había algo más de mobiliario –un tocador, un par de sillas, un espejo, un televisor con control remoto; un cuadro, reproducción de unas flores de Van Gogh, en la pared– y todo estaba limpio.

Alguna vez, en otro hotel, habíamos tenido una crisis cuando Silvia pisó una cucaracha al bajar de la cama. Y hubo crisis también cuando descubrimos que las cortinas de algún otro cuarto parecían grises, pero en realidad habían sido blancas y tenían una capa de años de mugre y polvo. Estas cosas la perturbaban mucho: a medida que fue pasando el tiempo, y sobre todo cuando yo comencé a trabajar y a verla menos, comenzó a quejarse con más y más frecuencia de que estábamos atorados, de que nunca íbamos a llegar a nada. Pensé en decirle que no era del todo así, que por lo menos yo tenía empleo, pero no me atreví, y fue mejor porque con el tiempo me di cuenta de que se refería a nuestra relación, a nuestra vida juntos. En el fondo quería casarse y cerca del final incluso me lo dijo. Yo empecé a darle largas y a ponerle pretextos. Esto también fue de lo que me llevó a pensar en dejarla. Yo no quería casarme. Ni siquiera con Marga. No me convenía dejar aún la casa de mis padres, que me daban de comer y en donde tenía un espacio para mí. Debía ahorrar algo de dinero antes de pensar en cualquier otra cosa. Y mi situación podía ser mucho peor. De hecho tenía suerte de tener un trabajo, aunque lo odiara, aunque solo Marga lo hiciera soportable: nadie más de los antiguos amigos de la universidad tenía trabajo, ni bueno ni malo, porque ciencias de la comunicación –lo que habíamos estudiado– podrá ser muy popular entre los estudiantes, pero casi no hace falta en la vida real.

Esa noche, en el cuarto 11 del Hotel Imperium, cerré la puerta y empezamos a jugar como otras veces.

–Ven acá.

Yo era más brusco que ella, más impaciente. Ella pedía más caricias, más cachondeo, y yo deseaba quitarle la ropa de inmediato. Sentados en la orilla de la cama, empecé a besarla y a empujarla con mi peso, para obligarla

a recostarse. Ella se resistió sin dejar de besarme. Para ese tiempo me frustraba que nunca perdiera el control, que siempre pareciera tener una idea propia de cómo movernos y cómo estimularnos. De pronto la tomé por las muñecas y me eché del todo sobre ella. Creo que se sorprendió, y yo también. La solté y empecé a besarle el pecho, despacio. Ella me abrazó. En un rato estábamos desnudos, frotándonos, ella recorriéndome despacio con sus manos pequeñas y deteniéndose entre mis piernas, yo alternando entre mordisquear su cuello y lamer sus pezones. Entonces ella se apartó de mí y me pidió que apagara la luz.

Me quedé mirándola. No había nadie en los cuartos cercanos. Tampoco se escuchaba ningún sonido. Me levanté de la cama, encontré el interruptor de la luz y antes de apagarla volteeé a mirar a Silvia. Ella tiene la cara redonda, la nariz ancha y un asomo de doble mentón que la hace parecer suave, infantil; ahora estaba tendida pero con el cuello levantado para mirarme, las piernas y la boca entreabiertas, y a mí me pareció que había engordado, aunque también me pareció más hermosa que nunca. A la vez, descubrí que sentía rabia. No sé qué cara habré puesto pero ella me miró como si estuviera confundida. Apagué la luz y regresé a su lado. Iba a tuestas. Todo estaba oscuro como si hubiéramos cerrado los ojos. No: como si nos hubiéramos quedado ciegos. Por un momento estuvimos ciegos y sordos.

Ella cerró las piernas cuando me le acerqué y rompió el silencio. Me recordó que no me había puesto la protección. Esas palabras usó: «La protección». Era verdad —ni siquiera había sacado los condones de mi cartera—, así que debía levantarme, a buscar a tuestas entre mi ropa. Pero no lo hice.

—Ya me lo puse —dije, y lo volví a decir—: Te digo que ya me lo puse —cuando ella no cedió. Me preguntó que a qué hora me la había puesto—. Hace un momento —contesté, y traté de atravesar mi muslo entre los suyos, para separarlos. Ella se puso tensa y me reclamó. Yo me sentí muy ofendido—. ¿Por qué no me crees?

Era la primera vez que nos pasaba algo así. Yo solía tener los condones listos y ponérmelos tan rápido como pudiera. Obviamente no quería que Silvia quedara embarazada. Hubiera sido un desastre. Y sin embargo solo sentí rabia.

Al final me aparté, me caí de la cama, me volví a levantar (ella preguntó si estaba bien) y busqué y encontré los condones sin encender la luz.

Y para cuando estuve de nuevo en la cama, ya no había manera de ponerme el preservativo. Con cualquier interrupción me sucede lo mismo. No había más que tirar a la basura el condón recién sacado de su empaque y esperar a poder usar uno nuevo.

–Todo mal –dije–. Todo mal –quería bromear, aunque en realidad me sentía como un tonto. No: como algo peor que un tonto. Ahora pienso que sí lo era aunque no deseara admitirlo. Pero entonces me sentía miserable, indigno. Impotente.

Por supuesto.

A mi lado, en la oscuridad, ella me besó y dijo que todo estaba bien. Siempre decía eso. Acercó su cara hasta mí y sentí su aliento, el calor de su boca. Yo le di una palmada, una palmadita cariñosa, en la mejilla. Luego le di otra, un poco más fuerte. Ella se quejó, pero me dio una a mí, más fuerte aún. Casi una bofetada.

Le respondí con más fuerza todavía y le dije:

–No te me rebeles.

–Qué me vas a hacer –me contestó. No era una pregunta: más bien sonaba a burla o a desafío. No podía ver su cara pero sabía que estaba sonriendo.

Nunca nos habíamos dicho nada parecido. Lo pienso ahora y me sorprende. Entonces no me sorprendí: en vez de contestarle la golpeé una vez más, y la volví a tomar por las muñecas. La tiré sobre el colchón y no la solté. Seguíamos en medio de la oscuridad y del silencio. Parecía que estuviéramos solos en el mundo. Solo existían nuestros cuerpos y nuestras voces. Pero yo no podía pensar en nada de esto. Estaba excitado otra vez, y mucho más que antes. Otra vez le separé las piernas. Ella se resistió pero no logró cerrarlas.

–Puto –me dijo.

–Putita lo serás tú –le contesté, y empecé a morderle el cuello. Ella me mordió una oreja. Sentí dolor pero en vez de apartarme la penetré en ese momento. La tenía atrapada debajo de mí. No se iba a escapar. Empujé en su interior y escuché cómo respirábamos. Luego ella dejó de morderme para abrir la boca y gemir.

–Hueso –dijo–. Ay. Hueso. –Y creí entender a qué se refería, y comencé a empujar con más fuerza.

No tardé mucho. Realmente estaba muy excitado. Ella también: me había clavado las uñas en la espalda y me había sacado sangre. Cuando me

hice a un lado para quedar de espaldas sobre la cama, ella me abrazó y puso su cabeza sobre mi pecho. Me limpié y acaricié su cabello con la misma mano. Silvia no se movió. Yo me pregunté por qué no la había tratado así antes: por qué me había preocupado tanto por lo que ella quería, cuando se podía hacer simplemente lo que yo quisiera. Quise pensar en Marga y la imagen que vi con mis ojos cerrados era más fea de lo que recordaba: ella es pálida, de cara ovalada, y tiene rasgos finos, como de modelo. Pero ahora se me aparecía con una cara como de caballo, demasiado larga, de pómulos enormes. Me pregunté por qué quería quedarme solo con ella cuando podía seguir como hasta aquel momento: tenerlas a las dos, tener incluso más si lo deseaba.

Luego hice algo más, nuevo también: con el dedo, húmedo todavía, comencé a escribir sobre la piel de Silvia. Su nombre: mi dedo se movía con facilidad y recorría las letras, una después de otra, casi en un trazo continuo. Era como si marcara un ritmo. Una y otra vez las mismas dos sílabas, sobre su muslo, subiendo hacia su cadera, por su vientre, hacia el espacio entre sus senos.

—¿Qué haces? —dijo ella.

—Qué te importa.

—Contéstame, cabrón.

—Tú no me hablas así. Cállate.

Silvia calló. Sonreí para nadie, para mí, en la oscuridad. Tenía una fuerza que hasta aquel momento había ignorado. Pensé que la fuerza estaba en mí, pero también en lo que escribía, como si fuera una palabra mágica. La piel de la mujer entre mis brazos, su carne, quedaban marcadas. Eran mías.

Dejé pasar un momento, mientras seguía escribiendo las letras. Iba a responder cuando yo lo deseara, no antes.

Cuando por fin me decidí a hablar, dije:

—Tu nombre. Para que no se te olvide. Lala. Siente. La, La. —Y dibujé las letras.

—¿Qué?

—Lala —volví a decir, y era verdad: había estado escribiendo la palabra LALA, con eles y aes mayúsculas, juntas en un solo trazo cada vez más veloz, que bajaba y subía y bajaba otra vez.

Pero Silvia se llamaba Silvia.

Sentí que temblaba bajo mis manos, junto a la piel de mi propio cuerpo.

–Yo no soy Lala –dijo.

–Ya sé –contesté, aunque seguía escribiendo sobre ella. La, La, La, La, La, La. Ella quiso apartarse. No la dejé. Por supuesto que no la iba a dejar.

–Pero yo no me llamo Lala –insistió–. ¿Quién es Lala? –y luego, con enojo–: ¿Quién es Lala? ¿Eh? ¿Quién es Lala?

Yo no sabía quién era Lala. Pero sí supe que no iba a darle ninguna ventaja.

–La pregunta es otra –contesté–. La pregunta es quién soy.

–¿Qué? –Volvió a tratar de soltarse pero no la dejé.

–Quién soy yo. Esa es la pregunta. ¿Sabes quién soy yo?

–Suelta –dijo ella. Yo le solté una muñeca, le di una bofetada y volví a agarrarla antes de que entendiera lo que estaba pasando.

–Yo soy tu hombre –le dije–. Tu amo. Tu papito.

–Suéltame, puto –dijo, y comenzó a retorcerse y a clavar las uñas. Esta vez sacó sangre de mi pierna. Pero yo me monté deprisa sobre su cuerpo y le di un cabezazo en la frente. Luego pensé qué hacer a continuación: ahora que ya era mía, ahora que no podía moverse más, tenía la oportunidad de desquitarme de una vez por todas: de castigarla por su hipocresía y por su falsa pose de obediencia. Todo lo que tenía que hacer era dejarme llevar. Podía comenzar por apretarle el cuello. Estaba aturdida ahora y ni siquiera podría defenderse. Podía estrangularla. Podía incluso, si aplicaba la fuerza suficiente en el sitio exacto, romperle el cuello. Entonces dejaría de hablar y de moverse. Entonces no le quedaría nada más excepto ser mía. Toda mía.

–Hueso, ya –alcanzó a decir aún–. Por favor, Hueso.

¡Me estaba diciendo Hueso! A mí. Como si pensara que eso le serviría de algo. Todo lo que hacía falta era comenzar a apretar. Puse mis dos manos sobre su tráquea. Luego tendría miedo. Yo. Ella no volvería a tener miedo jamás, pero yo sí. Solo un poco. Iba a apretar, apretar, apretar, y luego la iba a tener allí, sobre la cama. Me iba a preguntar qué hacer con su cuerpo. Iba a decidir, desde luego. Iba a salirme con la mía. Nadie me iba a molestar por hacer lo que era mi derecho. Mientras apretaba decidí que solo hacía falta la sierra circular que estaba guardada en la bodega. Eso, o bien un cuchillo y algo más de tiempo. Le podría decir a Pablo y él me resolvería cualquier problema sin hacer preguntas...

Entonces abrí los ojos. Había luz que se colaba por atrás de las cortinas, desde la avenida. Luces de farolas y el fondo anaranjado del cielo nocturno.

También se escuchaba el ruido de los autos, la música de una cantina cercana. Vi la cara de Silvia y la reconocí. Tenía una marca roja en la frente, de cuando la había golpeado con la cabeza.

La solté. Ella, desde su posición debajo de mí, me golpeó con la rodilla en los testículos.

Tendido en la cama, bajo la luz encendida, esperé a que ella entrara y saliera de la regadera mientras intentaba ignorar el dolor. Luego me bañé también. El dolor bajó un poco. Salí.

Había algo negro. Una sombra, todavía, en el cuarto.

No puedo decirlo de mejor manera.

O tal vez no estaba allí sino en mi memoria: en el recuerdo de lo que acababa de suceder, y en la memoria de Silvia. Yo recordaba, y solo con verla, al volver a las cercanías de la cama, supe que ella recordaba también. Pero nunca hablamos de todo ese recuerdo. Nunca, nunca hablamos de todo.

Ella me preguntó quién era Lala.

Yo le respondí que no sabía. También me disculpé: le dije que no había sido realmente mi intención hacerle daño. Ella se vestía; estaba llorando y yo entendí que no lloraba de tristeza, sino de rabia y de humillación. Me pregunté por qué no lloraba de miedo y me respondí que ella no podría dejar salir ese miedo jamás. Yo tampoco podría. Me reclamó: ¿por qué nunca le había hablado de Lala?

Yo insistí en que no conocía a ninguna Lala y en que me preocupaba el bienestar de ella. Incluso a pesar del golpe que me había dado, le dije. Ella no me hizo caso.

Ahora puedo repasar lo que sucedió. Pensar en ello. Evocarlo. Lo que recuerdo. Ha pasado tiempo y realmente creo haber cambiado.

En ciertos momentos llego a preguntarme si no fue todo una alucinación, o incluso si recuerdo mal, si lo que pasó fue algo distinto, algo más sencillo y cotidiano. Luego pienso que no, recuerdo que no fue así, pero la mente es traicionera. La mente quiere que sea mentira todo lo que no puede explicar, y que en aquel cuarto solo haya pasado que yo me propasé con Silvia, que fui un patán y un imbécil. Tal vez yo dije el nombre de una amante. Tal vez dije «Marga» y no «Lala», me digo. A veces. Tal vez escribí Mar, Ga, Mar, Ga, Mar, Ga, Mar, Ga con los dedos. Tal vez nunca le dije a Silvia que ese era su nombre.

Tengo el recuerdo de mis manos alrededor de su cuello, pero me digo

que no se puede saber qué tanto es cierto de esa imagen.

Luego cedo y reconozco la verdad. Estábamos con la luz apagada. Sin luz ni sonidos que llegaran del exterior. Recuerdo el calor bajo mis palmas, la tibieza de la carne de Silvia, la posición en la que estaban mis brazos, la forma en la que los dedos apretaban. Y también recuerdo perfectamente el otro movimiento de los dedos: el signo invisible que era cada trazo de la misma sílaba.

Silvia salió primero del cuarto 11. Yo esperé diez, quince minutos más. Luego decidí que ya no tenía sentido seguir esperando. Sin duda Silvia ya habría llegado al Metro. Ya habría tomado un tren y ya estaría lejos.

A veces logro pensar que ella también se sorprende de cómo me habló, de lo que hizo. De cómo jugó conmigo –cuando lo hizo– de ese modo distinto.

Encendí la televisión y la apagué de inmediato, solo para usar el control remoto. Salí, bajé al vestíbulo y pasé frente al encargado. Era un tipo de aspecto ordinario. Usaba lentes, tenía ojos pequeños, como de rata, y se estaba quedando calvo. Me detuve y me quedé mirándolo.

–¿Pablo?

–¿Sí? –Levantó la vista de su teléfono y me miró–. Dígame.

Me fui. Nunca antes lo había visto. No solo era la primera vez que iba al Hotel Imperium –y la última–, sino que no mirar a los encargados de los hoteles de paso también es parte del ritual.

Entre esa noche y hoy no solo he tenido tiempo para pensar. También he hecho averiguaciones.

Yo no sabía que el Hotel Imperium había estado cerrado por un tiempo antes de que yo lo «descubriera». Pero ahora ya no cuesta trabajo enterarse de estas cosas. Si bien antes del cierre se había llamado Hotel Carmona, con los dos nombres –«Hueso» y «Lala»– me bastó para empezar a investigar. De hecho, averigüé todo en una sola tarde, durante la que me quedé solo en el trabajo y me puse a buscar por internet.

Un hombre llamado Armando Gil Herrera, alias «El Hueso», había estado en aquel mismo cuarto del mismo hotel: en el 11, con una mujer llamada Eulalia Macías, a quien le decían «Lala». Ella trabajaba en la funeraria delante de la que Silvia y yo pasamos. Él, en el propio hotel, en el que «hacía lo que quería», según se dice, aunque no se explica por qué. Los testimonios, que son todos de nota roja, no dicen mucho de su vida. Insisten

en cambio en que el hombre era violento, y luego optan por una de dos teorías: que lo que pasó fue un crimen pasional sin relación alguna con el narco ni el crimen organizado, o bien que sí tenía relación, que era una venganza o el envío de un mensaje entre bandas rivales, y que las autoridades intentaron taparlo, para dar la impresión de que todavía tienen el control de la ciudad.

En todo caso, en el cuarto 11 el Hueso estranguló a Lala, que era su amante o tal vez su «concubina», y luego cortó su cuerpo en pedazos: la cabeza, los brazos, las piernas, el torso. Guardó por separado cada parte y se las llevó para tirarlas por diferentes lugares de la ciudad: un tiradero de basura en el norte, otro cerca del aeropuerto, etcétera. Si no hubiera cometido la estupidez de usar fundas de almohada marcadas con el nombre del hotel como «bolsas», lo más probable es que la policía nunca hubiera ensamblado ni identificado el cadáver.

En la única foto que pude encontrar de Lala cuando estaba viva, ella se ve delgada como Marga, morena como Silvia, de cara angulosa y francamente fea. También era mayor que cualquiera de las dos.

Cuando llegaron por el Hueso a la unidad habitacional en la que vivía, lo encontraron muerto de varios balazos. No está claro si se mató él, por sentirse culpable de lo que había hecho o para escapar de ser capturado, o bien si los tiros fueron por la espalda. La desventaja de encontrar información en internet es que después de cierto punto, no se puede distinguir la información comprobada de las opiniones populares y repetidas.

No hay manera de saber cuáles eran los gestos privados, los juegos de Lala y el Hueso cuando estaban juntos. Tal vez él escribía su nombre con los dedos sobre su cuerpo. Y tal vez no le gustaba usar condones, y tal vez golpeaba como yo golpeé, y tal vez Lala reaccionaba como reaccionó Silvia, con los insultos y las uñas y los dientes. No queda nadie en el mundo que pueda confirmarlo.

Y ahora pienso que, incluso si el Hueso o Lala, si Armando o Eulalia, estuvieran vivos aún, lo que pasaba entre ellos cuando estaban solos es de esas cosas que nunca podrán saberse de veras, porque estaba más allá de cualquiera de los dos. Incluso si alguno me contara ahora lo que sentía y pensaba, incluso si los dos lo hicieran, sus «versiones de los hechos» serían siempre incompletas: solo sus percepciones y sus recuerdos. Faltaría lo demás: lo que está más allá de los cuerpos concretos que cogen o se cogen

(sean dos, o más de dos, o hasta uno solo, tocándose a sí mismo) y que es común a todos.

No sé si esto tiene sentido. Cuando puedo soportar la idea, creo que en ese cuarto nos parecíamos a Lala y al Hueso, tal como cualquier pareja podría haberse parecido a ellos, y por eso nos tocaron, o más bien nosotros los tocamos a ellos: al recuerdo de lo que habían sido y lo que habían hecho.

Desde aquella noche, se va y vuelve en mí el recuerdo de las palabras que dije, el recuerdo de mis manos alrededor del cuello de Silvia, el recuerdo del odio. El que el Hueso sentía por Lala. De hecho era algo peor, más lastimoso, porque no llegaba a odio. Era hartazgo, desprecio, pero no deseo concreto de hacerle el mal. El Hueso quería desquitarse de quien lo había ofendido. Responder a quien lo había desafiado. Algo así. Hacer sufrir a Lala era secundario. Quién era ella no importaba.

Desde entonces, también, me pregunto si ese sentimiento mezquino es también algo de lo que cualquiera es capaz. Debe serlo. Me repito que he cambiado y de hecho lo digo mucho, incluso en voz alta. Lo digo a quienes oyen hoy mis quejas cuando me siento mal y bajo la guardia. Pero decirlo no significa que crea ser distinto de cualquiera. No lo soy.

Ahora debería decir que el Hotel Imperium, que era el hotel Carmona y fue cerrado por un tiempo luego de que se descubriera el crimen del Hueso, está cerrado otra vez. Incluso podría agregar que cerró por falta de clientela, porque la gente se sentía incómoda en su interior y sobre todo en el cuarto 11. También podría agregar que el tal Pablo, el encargado, fue eventualmente detenido por lo que sea que haya tenido que ver con la muerte de Lala. Pero no he vuelto a ir ni me he puesto a investigar sobre el tema.

Esa noche, que fue la última en que Silvia y yo estuvimos juntos, pasó hace casi dos años. Hay algo que me falta contar: todavía en el cuarto 11, y aunque estaba agitado, nervioso, finalmente logré recordar para qué había querido ir allí. Mientras escuchaba los reclamos de Silvia respiré hondo, me tranquilicé, y supe que podría darme el valor para decirle que ya no deseaba estar con ella. Pero ella se me adelantó. Ya estaba vestida y había recogido sus cosas. Me lo dijo así: ya no deseaba estar conmigo. Estaba mucho más furiosa de lo que yo había anticipado: desde luego, yo acababa de comportarme como lo había hecho. Me preguntó quién era mi nueva pareja, y yo no se lo dije, pero ella insistió en que debía haber una. Repetí que no conocía a ninguna Lala. Luego me insultó, y aunque no usó palabras muy

distintas de las que había usado antes, ahora pienso que fue peor, porque ya no tenía cerca a Lala y nunca me había hablado así.

Luego me exigió que no la siguiera, que no la buscara. Y entonces salió del cuarto 11.

Yo me quedé con Marga, como después de todo había sido mi plan, pero no por mucho. Un par de meses después hubo un despido masivo en la oficina y perdí mi trabajo. Una semana después Marga cortó conmigo. Por supuesto fue una sorpresa horrible. Y el modo en que comenzó a decírmelo fue una segunda sorpresa:

–Me siento un poco culpable –me dijo, y luego me explicó: ella estaba enterada de que mi despido venía y nunca me lo dijo. Es que no había tenido opción, me dijo: se había visto obligada a aliarse con quienes iban a conservar sus empleos. La política de la oficina. No había tenido manera de avisarme, ni mucho menos de convencerlos de que no me echaran.

Creo que me confesó todo a sabiendas de que yo no iba a perdonarla.

–¿Vas a estar bien? –me preguntó–. Porque andas raro –pero, desde luego, esas palabras no tenían como fin expresar auténtica preocupación: eran parte de otro ritual y los dos lo sabíamos.

No he podido encontrar nada similar a mi antiguo trabajo y actualmente (para tener al menos algún ingreso, porque mis padres también están pasando por un mal momento laboral) soy mesero en un restaurante. Y la semana pasada tuve una tercera sorpresa durante uno de mis turnos porque vi, juntas en la misma mesa, a Silvia y a Marga. Me quedé inmóvil, como un idiota.

Ellas no se dieron cuenta de que estaba allí. La alternativa es que estuvieran fingiendo no verme, pero no veo por qué habrían querido hacer algo semejante. Allí estaban, las dos, conversando muy animadas. Se veían bien. Realmente son mujeres guapas. Tomaban café y repasaban algo, un documento o una presentación, en una *laptop*. No tengo idea de por qué podrían haber estado juntas, aunque tuve una fantasía por un instante: imaginé que estarían hablando de mí.

Yo pensaba en ellas con cierta frecuencia. Lo hago todavía. No estoy solo –no siempre–, pero vuelvo a las dos, al igual que al recuerdo de Lala y del Hueso.

Me acerqué, llevando una bandeja con platos y cubiertos sucios. Caminé tan despacio como me fue posible, con la vista hacia otro lado y tratando de escucharlas. Estaban hablando de una actriz o de una autora..., o tal vez no

entendí bien, porque lo único que pude escuchar con claridad fue esto:

–Se deben cumplir tres condiciones –dijo Silvia–. Tiene que haber al menos dos mujeres. Tienen que conversar entre ellas. Y tienen que estar conversando sobre algo que no sea un hombre.

–Suena difícil –le contestó Marga–. ¿No?

–Pues no debería serlo. Pero sí, claro. Si acaso, pasa la prueba el uno por ciento de las series de tele, las películas o las novelas...

Hasta mucho, mucho después, se me ocurrió esto: les hubiera podido contar una historia que ninguna de las dos conocía. Tal vez. Entonces solo deseaba seguir allí, cerca de las dos. Pero no lo pude hacer. Me llamaron de la cocina, fui para allá, dejé la bandeja y esperé un poco a que me dieran otra. Para cuando volví a salir, las dos ya habían recogido sus cosas, se habían levantado de su mesa y caminaban hacia la puerta del restaurante.

LA GENTE BUENA

Las cajas llegaron de Juárez a las nueve de la noche. Las trajeron por tierra, lo que siempre inquieta un poco, dado que la violencia allá, en el norte, es auténticamente incontrolable y en ocasiones le causa problemas incluso a nuestra propia gente. Pero dejé de pensar en eso cuando Marco subió las cajas al despacho, abrió la primera y vi los envoltorios.

—Qué primorosos —le dije—, qué fino el papel —y un poco después tuve que agregar—: ¡Y mira qué hermosos los frascos! Qué profundos los colores del vidrio... ¿El empaque lo harán allá también?

—Pues supongo que sí, señora —me dijo Marco, sonriendo, mientras terminaba de desenvolver los frascos y de colocar a un lado las hojas de papel, bien alisadas y una sobre otra—. Debe ser más seguro que encargarlo fuera. Pero además, señora, mire qué originales: azul, verde, amarillo, naranja, púrpura, pero no rojo. No hay ni uno rojo.

—Te dije que eran personas de buen gusto.

Marco asintió, por supuesto, y su sonrisa se volvió todavía más amplia que de costumbre.

Este es el único detalle que me disgusta de él: desde el día en que lo puse a trabajar para mí y lo traje a esta casa, no ha dejado de sonreír. Ni cuando duerme se le quita la sonrisa. Él dice que en los primeros años llegó a dolerle la cara, que le daban calambres en la mandíbula y la boca, pero ahora ya no, y que en todo caso es perfectamente feliz viviendo aquí, entregado a servirme... Pero esas son, desde luego, las palabras exactas que yo le dicté cuando lo puse a mi servicio. Así lo hago siempre: cuando los tomo les digo que estar sujetos a mí los hará sentirse felices. Así que debe ser culpa de la sujeción: el efecto secundario.

No es terrible, y hasta donde puede saberse (los estudios que se han hecho al respecto no llegan a nada, como suele pasar) Marco *es* realmente feliz. Y así debe ser: las personas que sujetan a alguien y lo obligan a sentirse desdichado o furioso todo el tiempo me parecen innecesariamente crueles. Por otra parte, esa sonrisa perenne basta para que Marco no pueda salir de la casa. Él es perfectamente funcional —de ningún modo está como aquel sujeto famoso del siglo xix que comía moscas y acabó en un manicomio—, pero no puede pasar por un hombre normal...

Esa noche, en el despacho, pensé brevemente (tontamente) si alguna vez se podría saber de verdad lo que pensaba una persona sujeta: cómo juzgaría Marco los veinte años (¿veintitrés, veinticinco?) que llevaba sin salir a la calle, encerrado conmigo.

Pero Elda me apartó de estas preocupaciones.

—¿Le puedo ofrecer algo, señora? —la oí preguntar: estaba en el umbral del despacho, muy firme, con su uniforme limpiísimo y perfectamente puesto: más aún (si tal cosa es posible) que la librea de Marco.

Siempre está al pendiente de mí porque no puede evitarlo, desde luego, pero su celo me parece admirable pues, al igual que Marco, ya no es joven.

—No, Elda —le dije—. Dale de cenar a él. —Y ella asintió y dio media vuelta para ir a la cocina.

Me guardé uno de los frascos —el púrpura—, me levanté. Salí del despacho. Marco me siguió. Elda ya bajaba las escaleras, trotando. Su propio efecto secundario es ese: que va deprisa para todos lados. Ella me dijo una vez que es por la ansiedad de terminar lo que está haciendo por mí y comenzar lo siguiente que va a hacer por mí. Usó esas palabras exactas. Pero ella también es feliz y lo que le pasó es incluso una ventaja: la casa siempre está limpia, las compras no toman nada de tiempo... la verdad, cuando muera la extrañaré. Mucho.

De la planta baja pasamos al jardín, que de noche siempre es el lugar más acogedor de la casa. Las lámparas estaban encendidas y alumbraban los árboles, el pasto verde, los helechos y las orquídeas, el pequeño cementerio donde están los sirvientes de la casa (que no es tan antigua, pero yo he ocupado durante mucho tiempo: no he salido tanto de México como otros amigos y parientes. Todos nos reímos de que la recomendación más famosa de la ciudad como coto de caza no está en una guía seria sino en una novela, y de hecho una bastante mala, pero la ciudad es excelente sitio para hallar buenas presas: no es más que la verdad).

—Distráeme —le ordené a Marco.

—Por supuesto, señora —sonrió él—. Me dará mucho gusto. Estar con usted es una maravilla. ¿Quiere que le cuente algo? ¿Que le lea? Puedo traer el reproductor de música, o una televisión...

—No, no —le contesté—. Vamos a sentarnos...

—¿O quiere salir primero a cazar, señora? Otra vez han destruido farolas en el parque, y aún hay niños en la alcantarilla de...

–¡Marco, no seas tonto! ¿No nos acaban de llegar las cápsulas?

Le mostré el frasco que tenía.

–Es cierto, señora, perdón –dijo él, y su sonrisa (contra lo que esperaba) no se debilitó.

–Después de todos estos años no me dirás que te gusta que te regañen.

–Me hace feliz que se ocupe de mí, señora, que me corrija –respondió Marco, y de hecho su sonrisa creció.

Llegamos a la mesa de vidrio y metal y nos sentamos. Elda ya se acercaba con la cena de Marco: una ensalada ligera pero bien servida y un vaso de limonada. Según ellos son alimentos muy sabrosos. Elda sirvió la cena y luego se quedó de pie detrás de mí, con la vista al frente, lista para cualquier cosa que yo le pidiera. Yo asentí para darle a entender que estaba satisfecha.

Luego dije con voz agria: –¿Por qué no me distraes, Marco? Cuéntame aquella historia que te contó el hombre de Juárez el otro día, cuando vinieron a cerrar el trato.

–¿De veras quiere oír eso, señora? Realmente era una historia muy truculenta, acuérdesse que le dije... Y además muy larga. Aquello que le contaba de que el tipo no se calló nunca es totalmente cierto. ¡No se callaba! Parecía que no podía callarse: cuando yo hablaba, él únicamente bajaba el volumen, por así decir, y nada más movía los labios así: bs, bs, bs, bs, bs, bs, bs... No se callaba. Muy raro.

Otro efecto secundario, sin duda. Yo dije solamente:

–Cuéntame a grandes rasgos. De verdad quiero saber. No entiendo cómo hacen allá para conseguir la gente y poder hacer las cápsulas...

Marco asintió. Las comisuras de su boca, los bordes de su sonrisa, temblaron un poco. A veces ocurre. Pensé que a más tardar en unas cuantas décadas, cuando muriera, moriría sonriendo. Quise pensar también que no se veía mal esa sonrisa: que la librea le sentaba muy bien y que parecía el retrato de la fidelidad, como decía mi padre hace siglos...

–¡Empieza ya, Marco!

–Sí, señora.

La empresa era pequeña, me dijo, pero próspera y sobre todo eficiente. Estaba disfrazada de clínica de asistencia: la llamaban el Instituto Piedad y se anunciaba como un proyecto para atender a mujeres muy pobres que hubiesen quedado embarazadas.

—Supuestamente —siguió Marco— son una organización contra el aborto: que antes de dejar que una mujer sin recursos asesine a su propio hijo, así dicen, le ofrecen casa y sustento durante su embarazo y luego la ayudan a dar en adopción. En realidad, para muchas de ellas es muy buen negocio, digamos, porque eso es efectivamente lo que les ocurre: pasan tranquilas su embarazo en la finca del Instituto, que está en un lugar muy bien cercado y seguro, y luego van a parir a un buen hospital, y firman los papeles y listo.

—¿Y con eso les basta?

—No, señora, porque no a todas las muchachas les pasa eso. Están las que tienen alguna familia, alguien que se preocupe por ellas, y están las que no: las que nadie va a extrañar. Esas no salen: en cambio las sujetan y las hacen embarazarse otra vez y otra, tantas veces como se pueda. Con esto tienen una producción que no es muy grande, desde luego, pero sí constante. Debe haber unas doscientas mujeres fértiles en esa situación en cualquier momento dado, es decir, doscientos bebés al año o poco más.

—¿Y quién se encarga de...?

—¿De qué, señora, de preñarlas? Los otros empleados. Todos se mantienen bien alimentados y haciendo ejercicio, lo necesario para que estén sanos. El tipo, el que no se callaba, me decía que él ya había hecho como trescientos hijos.

—¿Y todos son felices?

—¿Los hijos, señora?

—No, Marco, ¡qué tonto andas hoy! Los sujetos.

—Fíjese que justamente eso no me lo dijo el tipo, pero no creo que ninguno pueda ser más feliz que yo, señora.

Y una vez más le creció la sonrisa.

Me pregunté cómo se sentirían los hombres y las mujeres sujetos en Juárez. Imaginé que no podrían estar obligados a una depresión terminal, por ejemplo, simplemente por razones de salud. ¿Pero los querrían felices, allá, sus dueños? La sujeción más natural, la que hasta un niño de los nuestros puede hacer, más bien anula las emociones: los sujetos viven como sonámbulos, literalmente no sienten nada. Alguno me dijo que le parecía como ser una piedra o una planta, y que incluso eso, a su modo, era mejor que el dolor o que la amargura. Pero la sujeción no solo es instantánea, sino que da la impresión al sujeto de que nunca ha sido distinto: de que nunca ha sido libre, siempre ha debido obedecer y lo que experimenta es lo normal, lo

correcto...

Cuando las mujeres ya no eran fértiles las desechaban, seguía Marco. A veces las usaban de *camellos* o de mensajeras para sus negocios, es decir, les ponían en el estómago bolsas con dinero o mercancía y las enviaban a suicidarse a lugares escogidos. Otras veces las hacían ir al desierto y que se quedaran allá, sentadas. No duraban mucho al rayo del sol, desde luego. Y con los hombres pasaba lo mismo. Y como en la región había tantos asesinatos, nadie se daba cuenta de nada.

—También me contó del proceso de hechura —dijo Marco—. Usted lo ha de conocer, pero él me dijo que le han metido innovaciones.

—¿Sí?

A los recién nacidos los resecaban, como siempre, pero lo hacían en hornos hechos especialmente, insonorizados para que no se oyera nada desde el interior. Cuando los cuerpos estaban listos los trituraban y preparaban las cápsulas mediante un método especial...

—La base debe ser la misma que la del tradicional —le contesté, y le expliqué que hacer extracto de carne y sangre humana venía del tiempo de mis abuelos: una época terrible en la que cazar era realmente muy difícil y semejante sustituto era la única comida que muchos de mi gente llegaban a probar en años.

—Tú no tienes manera de saberlo, ni tú tampoco, Elda. —En ese momento me volví hacia ella—. Pero no es la primera vez que se usa así a la gente como ustedes. Ahora estamos en una época mucho más cómoda que otras, nuestra posición es más segura, pero hemos tenido criaderos, granjas... Estas cápsulas —y abrí el frasco— son golosinas ahora, y golosinas caras, pero han sido alimento de primera necesidad.

—Pues yo no lo sabía, señora —me sonrió Marco—, pero suena lógico. ¿Sabía usted que hay seres humanos, es decir, no sujetos como yo, sino de los otros..., que hacen sus propias cápsulas de carne de feto o de bebé, pensando que podrían hacerles el mismo bien que a ustedes? No conocen el método, según me dijo el tipo, y por eso las cápsulas que hacen no sirven para nada, pero de todos modos no dejan de hacerlas. Son populares en China y Corea, por ejemplo.

—Ya sabía, Marco, ¿cómo crees que no iba a saber?

—Perdón, señora —me dijo él, sonriendo.

—Cena —le ordené: por supuesto no había tocado su comida.

Él empezó a comer mientras yo me volvía otra vez a Elda.

–Sí, señora –dijo ella–. Dígame qué necesita.

Me dio la impresión de que estaba a punto de echar a correr para ir a hacer lo que yo fuera a ordenarle, y solo dije: –Quédate quieta.

Ella me obedeció.

–Elda, tengo una pregunta. ¿Qué piensas de esto que cuenta Marco?

–Pienso que soy feliz obedeciéndola, señora –respondió Elda–. Es lo primero que pienso en general acerca de cualquier cosa, y me basta.

Me miraba, pero seguía firme. Marco seguía comiendo su ensalada. También masticaba sin dejar de sonreír.

–Yo pienso –dije– que ustedes eran esposos.

–Bueno, señora –dijo Elda–, todavía somos...

–Y pienso también –la interrumpí– en la hija que tenían. Tú y él. Sí recuerdan, ¿verdad? Vivían con ella.

–Sí, señora.

–Y pienso que cuando los elegí a los tres, un poco al azar, como suelo hacer estas cosas, me pareció que eran muy buenos, muy trabajadores, y por lo tanto me podían ser de más utilidad como sirvientes. Por eso los sujeté apenas entré en su casa... Y entonces pasó lo que pasó con su hija, ¿recuerdan?

–Se llamaba Sara –dijo Marco de pronto, con la boca llena, sonriente.

–Lo recuerdo. Y recuerdo que su efecto secundario fue raro y muy desagradable porque en cuanto estuvo sujeta cayó al suelo y empezó a convulsionarse: cada vez con más fuerza, sin parar, en un ataque que terminó durando todo el día siguiente, y que tal vez hubiese durado más si no hubiese decidido sacrificarla: ustedes me ayudaron manteniéndola inmóvil, porque ella misma no podía aunque hacía grandes esfuerzos por obedecer, y yo le rompí el cuello y luego me la bebí. Porque básicamente le tuve piedad, pero tampoco la iba a desperdiciar. ¿Recuerdan ustedes todo eso?

–Sí, señora –dijeron los dos a la vez.

–Bueno, ¿y qué piensan de eso? Díganme la verdad.

Se quedaron callados un momento.

–Yo no pienso nada, señora –dijo Elda, con la vista otra vez al frente.

–Yo tampoco –dijo Marco, sonriente, y un trozo de jitomate cayó de su boca.

–Pasó hace muchos años –dijo Elda.

–Y Sara murió feliz, y desde entonces nosotros somos felices como nunca pensamos que se pudiera ser feliz.

No quise continuar y les ordené que callaran. Saqué el frasco, tomé una cápsula y me la metí en la boca. Su sabor era maravilloso: profundo y rojo, y al disolverse en la boca la pintaba de un aroma raro y complejo. La gente del norte es realmente buena, pensé.

AGRADECIMIENTOS

Paul Viejo trabajó de forma directa, acuciosa y constante en la edición de este libro, y además lo hizo con excelente humor.

Antes, Manuel Barroso, Fernando de León y Sarai Robledo leyeron y comentaron el manuscrito en diversas etapas de su formación.

Antes, Juan Casamayor ofreció casa a estos siete cuentos que estaban solos y ateridos, como en el páramo, y confió en ellos.

Antes, Raquel estuvo conmigo en más de un día negro.

Gracias a todos, siempre.

A. C.
México, julio de 2015

An underwater photograph of a person with their hands clasped in front of them, looking down. The water is a deep, dark green color, and the lighting is dramatic, highlighting the person's hands and face. The overall mood is serene and artistic.

Eloy Tizón

Técnicas de iluminación



Técnicas de iluminación

Tizón, Eloy

9788483935040

150 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué ocurrió realmente en la fiesta celebrada anoche? ¿Hubo alguna víctima? ¿Qué contiene la caja que nuestro jefe nos entrega en secreto, pidiéndonos que no la abramos, y dentro de la cual se detecta una agitación, un mínimo llanto? ¿Será un ser vivo o un mecanismo de relojería? ¿Quién es "esa otra persona que no nos interesa", que suele aparecer en las relaciones de pareja casi siempre adosada al ser amado y de la que es imposible librarse? ¿De qué clase de apocalipsis huye esa familia que abandona la ciudad con lo puesto y termina vagando perdida por el bosque?

En todos estos relatos hay un reverso de sombra, un vértice de silencio, algo que no se nombra directamente pero que es una invitación al lector para que se sumerja y participe en la construcción del sentido. Para que intervenga en la extraña normalidad de estos diez sueños, y pueda encontrar un poco de claridad o un lapicero contra la desdicha. Páginas que resplandecen con luz propia. Técnicas de iluminación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Samanta Schweblin

Siete casas vacías



PREMIO
NARRATIVA
RIBERA
DEL DUERO

RIBERA
DEL DUERO



Siete casas vacías

Schweblin, Samanta

9788483935170

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las casas son siete, y están vacías. La narradora, según Rodrigo Fresán, es «una científica cuerda contemplando locos, o gente que está pensando seriamente en volverse loca». Y la cordura, como siempre, es superficial.

Samanta Schweblin nos arrastra hacia Siete casas vacías y, en torno a ellas, empuja a sus personajes a explorar terrores cotidianos, a diseccionar los miedos propios y ajenos, y a poner sobre la mesa los prejuicios de quienes, entre el extrañamiento y una «normalidad» enrarecida, contemplan a los demás y se contemplan. La prosa afilada y precisa de Schweblin, su capacidad para crear atmósferas intensas y claustrofóbicas, y la inquietante gama de sensaciones que recorren sus siete cuentos han hecho a este libro merecedor del IV Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero. El jurado, del que formaron parte los escritores Pilar Adón, Jon Bilbao, Guadalupe Nettel, Andrés Neuman y que estuvo presidido por Rodrigo Fresán, valoró en Siete casas vacías la precisión de su estilo, la indagación en la rareza y el perverso costumbrismo que habita sus envolventes y deslumbrantes relatos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ana María Shua
Cazadores de letras

Minificción reunida



Cazadores de letras

Shua, Ana María

9788483935002

841 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En cada una de sus obras comprobamos, como ella apunta, que sus propuestas esenciales y breves están despojadas de carne, escapan a la lógica, son como fantasmas que burlan al lector poco atento. En el presente volumen se reúnen sus cuatro libros: La Sueñera, Casa de geishas, Botánica del caos y Temporada de fantasmas. A ellos se unen un grupo de inéditos bajo el nombre de Fenómenos de circo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Andrés Neuman



El que espera



El que espera

Neuman, Andrés

9788483935088

92 Páginas

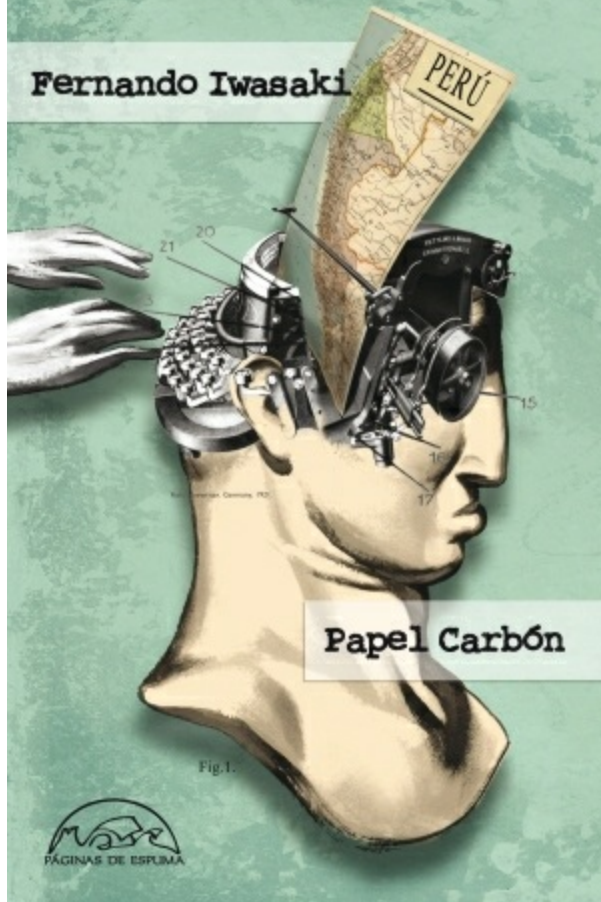
[Cómpralo y empieza a leer](#)

«Me gusta que las cosas que me gustan estén por ocurrir». Esa prometedora inminencia podría definir estos cuentos, que supusieron la primera incursión de Andrés Neuman en la narrativa breve. Un conjunto de sugestivas miniaturas y brevedades que indagan en los misterios, geometrías y mutaciones de la expectativa. Que transcurren entre la mirada de alguien que aguarda y algún deseo irrealizable. Su intenso ejercicio de inquietud propicia las revelaciones del que espera arrullado, de aquel a quien ya no esperábamos, de las últimas paciencias o las penúltimas esperanzas.

Coincidiendo con el décimo quinto aniversario de este debut y del nacimiento de Páginas de Espuma "a modo de cumpleaños unísono", ofrecemos al fin una nueva edición de El que espera, minuciosamente revisada y con siete nuevos textos de la misma época. En sus páginas brillan el precoz talento del autor y los múltiples vínculos con sus obras posteriores. De este modo los lectores que han esperado junto a su escritura verán, ahora sí, un deseo cumplido.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Fernando Iwasaki



Papel Carbón

Fig.1.


PÁGINAS DE ESPUMA

Papel Carbón

Iwasaki, Fernando

9788483935163

240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Papel Carbón reúne los primeros libros de relatos de Fernando Iwasaki .Tres noches de corbata (Lima, 1987) y A Troya, Helena (Bilbao, 1993), dos títulos donde los lectores del narrador peruano podrán reconocer los temas, el humor, la prosa coruscante y las múltiples referencias culturales que caracterizan la obra de uno de los autores fundamentales del cuento contemporáneo en lengua española. Rescatamos así Tres noches de corbata, libro que dialoga con los precoces volúmenes de relatos de un pequeño grupo de escritores españoles y latinoamericanos nacidos en la década del 60, como Alguien te observa en secreto (1985) de Ignacio Martínez de Pisón, Ligeros libertinajes sabáticos (1986) de Mercedes Abad, Los laberintos invisibles (1986) de Guillermo Busutil, Debería caerse la cara de vergüenza (1986) de Sergi Pàmies, El móvil (1987) de Javier Cercas, Veinte cuentos cortitos (1989) de Iban Zaldúa, Infierno grande (1989) de Guillermo Martínez y Cuentario (1989) de Jorge Eduardo Benavides, todos tecleados a máquina y todos copiados con papel carbón.

[Cómpralo y empieza a leer](#)